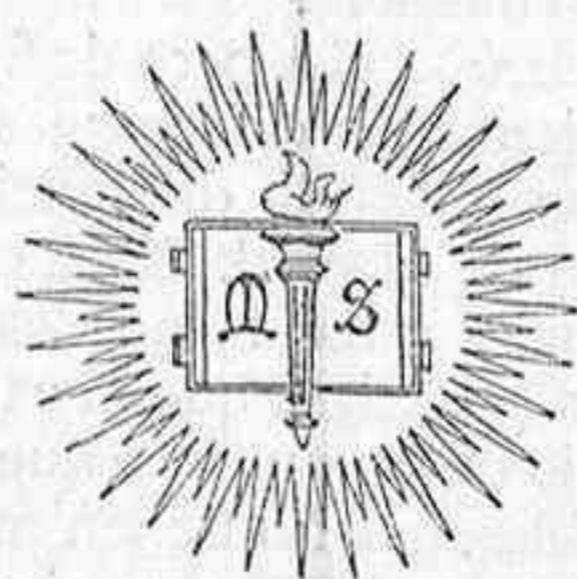


# La Ilustración



# Artística

Año XXIII

← BARCELONA 11 DE JULIO DE 1904 →

Núm. 1.176

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. (París, 1904.)



EL QUERUBÍN DE MOZART, cuadro de J. E. Blanche

## SUMARIO

**Texto.**—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El del puesto*, por Francisco Acebal. — *La educación japonesa y las fiestas escolares en el Japón*, por el conde Hardenberg. — *Danza infernal*, por el Doctor Pópulus. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Misia Jeromita*, novela ilustrada (continuación). — *La catarata mayor del mundo*, por Turner Morton.

**Grabados.**—*El Querubín de Mozart*, cuadro de J. E. Blanche. — Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *El del puesto*. — *La educación japonesa y las fiestas escolares en el Japón*. — *Vendedor de esponjas*, cuadro de E. A. Carolus Durán. — *El mariscal japonés Oyama*. — *Guerra ruso-japonesa. Heridos rusos en el hospital japonés*. — *Las tropas del general Kuroki marchando á cubierto de arcos artificiales de ramaje*, dibujo de H. W. Koekkoek. — *Las tropas del general Okú asaltando las trincheras rusas en Kin-Chau*, dibujo de Catón Woodville. — *Barcelona. La cabalgata de los Mercados*. — *Vistas fotográficas de la catarata mayor del mundo*. — *Jardín del castillo de Penshurst (Inglaterra)*, acuarela de G. S. Elgood.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ahora resulta que la línea férrea donde ha ocurrido una catástrofe—que parece referida por San Juan en Patmos, entre las visiones de terror de la Apocalipsis,—estaba construida, como si dijéramos, con *papier mâché*, de estraza legítima, y si se quiere evitar que escenas tan espeluznadoras se reproduzcan con demasiada frecuencia, acabando con la aperreada casta de los viajeros, urge cambiar el trazado completamente.

Lo que les decían los buenos viejos de la comarca, con su experiencia y sentido común aldeano, á los flamantes ingenieros franceses, belgas, ó de donde fuese, que eso no hace al caso del descarrile con añadidura y remate de incendio y asfixia por inmersión:

—Que vais mal por ay, moño... Que estáis trabajando sobre agua y no sobre tierra. ¡Que este es el ferrocarril del agua, ridiós!, y en diciendo que icen que llueve, se va á blandar, y en hinchándosele al río los morros, se vos güerve la linia lo mesmo que una bizcochá metía en el pilón de la fuente!

Naturalmente, no se hizo caso de estos Nestores, y allá fué el trazado por donde dictaminó la ciencia. (Parodiemos á Madama Roland y exclamemos: ¡Oh ciencia, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!) Y la línea férrea, que debiera ser para aquellas importantes comarcas, trabajadoras, antes segregadas al parecer del resto del mundo, esperanza y realidad de progreso, convirtió en terror de los que por su mal se ven precisados á recurrir á ella; y todavía á estas alturas, cuando hasta en la Indo-China han desterrado los rieles á las carreteras, la carretera de Calatayud hace ventajosa competencia al ferrocarril Central de Aragón.

Sin duda el trazado fué obra de extranjeros, y se creará que este hecho nos exime de toda culpa. ¡Lo hizo quien lo entiende! Digamos en este caso y en otros muchos:

Todos muy buenos en Francia...  
mas no los quiero en Castilla.

En efecto, los extranjeros aquí no proceden con la circunspección y el saludable temor á la opinión y á las responsabilidades que en su tierra natal, donde el sentido público existe y es fuerza con la cual debe contarse.

No profeso yo, créase ó no se crea, el fetichismo de los extranjeros. Es una necesidad servirse de ellos, ya lo sé, en la gran industria, en infinidad de aplicaciones de adelantos é inventos cuyo manejo aquí se desconoce; y no constituye la menor de nuestras desgracias esta necesidad, porque no procedemos como los japoneses, cuyo sistema es llamar al obrero ó al instructor de fuera, enterarse y despedirle. Y en nuestro rezago los extranjeros ven materia explotable, y por lo mismo que tienen el hábito sano de la concurrencia vital, explotan. Construyen tranquilamente puentes que tienen menos luz que la anchura del río; les dan cimientos de arena, á flor de tierra, y se echan acaso esta cuenta fatalista: «Se estrellarán unos cuantos españoles quizás... ¡Bah! Si había de cogerles un tranvía ó despachurralles un automóvil...»

A pesar de todo el vocerío de las Gacetas, será una sorpresa tan grata como despampanante el que se acuerde la variación y rectificación racional de ese trazado mortífero. No estamos hechos á ver corregir y enmendar desaciertos, siquiera vaya en ellos la existencia de la gente y la prosperidad de la región.

Y á propósito de extranjeros; estos días menudean los incautos venidos de lueñas tierras al olor y al cebo de un timo.

Los timadores españoles pueden poner cátedra; no

les faltarán clientes en los dominios del Kaiser, en el país de los excelsos pensadores.

Cuando Madama de Stael descubrió y ensalzó los méritos psicológicos de Alemania, en primer término encareció el candor, la inocencia santa de aquella gente, idealista y soñadora.

No sé si será ensoñación, pero de fijo es soñar despierto lo que hicieron las dos parejas de excelentes alemanes que, con horas de diferencia, desembarcaron en la estación de Madrid, dispuestos, los dos últimos que llegaron, á arriar la no despreciable suma de 75.000 francos (ya saben que el cambio está al 39 por 100) á cambio de una maleta que encerraba esos tesoros incalculables, que no tienen más defecto sino volverse carbonos cuando se abre el recipiente mágico, señuelo de bobos internacionales...

Fortuna tuvieron estos hijos de la rubia Germania, que se traían en la cartera una cantidad de marcos suficiente para encuadrar las fotografías de todos los papanatas que en el mundo han sido—y cuidado que han sido...

Fortuna, porque en la estación les recibió, en vez del interesante industrial que les había citado en corto, para banderillarles y estoquearles, un pródigo inspector de policía, que les preguntaría en qué árbol tenían el nido, y les encargaría cuidado para no volver á caerse.

Y uno de los candorosos compatriotas de Bismarck, por señas tratante en ganado (el ganado que aquí paca no debe de haberlo vendido ni comprado nunca), confesó «ingenuamente, pero con gran energía»—dice un diario,—que si llega á realizarse el timo, se corta la cabeza.

¡Para lo que le sirve!

Hace algunos días hablé en *El Imparcial* de lo que me agradaría ver establecido en Madrid—y en otras ciudades españolas, por supuesto—lo que llamé «casa de aseo»; un sitio donde gratuitamente se bañase, afeitase, pelase, friccione y hasta perfumase con su chorrillo de colonia á los pobres que, no teniendo para comer, menos tendrán para jabón. Y acabo de leer un artículo publicado en *España*, firmado por el Sr. Auriolos, acerca de los baños populares establecidos en varias poblaciones de Inglaterra, Alemania y Francia, donde las clases menesterosas, y particularmente los obreros, pueden limpiarse y bañarse por una cantidad que oscila entre 10 y 15 céntimos de peseta.

No digo que sea malo; convendría la instalación de esas termas en Madrid, en que un baño público cuesta lo menos seis reales, á pesar del magnífico caudal de agua del Lozoya; pero insisto en que la sociedad está demasiado interesada en propagar hábitos de aseo, en purificar sus capas inferiores, impregnadas de putridéz, para que deba cobrar nada, ni un centímetro, por los baños populares.

Sostengo que, al contrario, si fuese humanamente posible, debieran otorgarse, al principio, premios y alicientes para atraer á la humilde y sucia clientela; por ejemplo, la rifa de algunos décimos de lotería, ó de objetos útiles, como medias baratas, mantones, algo que, engañando caritativamente á los haraposos, les decidiese á soltar la mugre, victoria no tan fácil como parecerá á primera vista. Hablábase en cierta ocasión del estado no muy satisfactorio de nuestra pedagogía con relación á la de otras naciones, y decía un ilustre médico: «¿Qué quieren ustedes que suceda? Aquí discutimos aún si debe pagarse á los maestros, y por ahí se piensa ya en pagar á los discípulos.» Era verdad: en los Estados Unidos se ventilaba el problema de que, si los hijos de los obreros pierden años de labor retribuida por completar su instrucción, la sociedad, interesada en que todos se instruyan, debe abonarles esos años de trabajo perdido. Cosa análoga diría yo de la limpieza. Fray Luis de Granada incluye, entre las causas de impensada muerte, «el vaho de un enfermo.» Los adelantos de la medicina nos enseñan que tan peligroso como el vaho de un enfermo es el de un individuo procedente de un foco de suciedad. Aconseja, pues, el propio egoísmo á las clases acomodadas que fomenten instituciones de limpieza, pero gratuitas, si no con premio, según queda dicho. Yo estimaría tan obligatoria la creación de baños populares como la de Hospitales y Asilos, y la creo más barata y sencilla. ¿Que en el extranjero este servicio se cobra poco, pero se cobra? No hagamos caso. No me cansaré de repetir que el ideal no es imitar, es adelantarse. ¿Pedir dinero por el baño, al cual los miserables tanto miedo sienten? Harto será que sin desconfianza concurren á limpiarse, á que les desinfecten la ropa.

Se han declarado en huelga los poceros.

Ahí tienen ustedes á unos huelguistas á quienes no se les puede regatear el aumento del salario.

Es de tal naturaleza su oficio, que difícilmente conjeturo cuánto valdría una jornada de pocero si la huelga se hiciera crónica.

A tal extremo, que la tarea de esos desventurados ha puesto en verdadero aprieto á los teóricos del colectivismo, que construyen según su fantasía una sociedad nueva, de justicia, luz y paz, donde todo el mundo trabaja en todos los oficios de buen grado, reconociendo que el trabajo es deber y satisfacción juntamente. Cubiertas de seguro las necesidades, ¿quién se prestará á ser pocero?... No lo saben explicar los teóricos... Sí, esos huelguistas piden en justicia. Y si lo dudáis, tened el valor de verles trabajar una vez sola...

Los dioses se van, las leyendas mueren, los edificios se derrumban, los objetos de arte pierden la pátina, todo desaparece al curso devastador del tiempo.

En el Congreso feminista de Berlín, ¿saben ustedes quién arrebató al auditorio? Una señora turca, y además de turca, parienta del Gran Turco; una princesa de la familia del Sultán. Y esta dama, sin pizca de respeto á la ley de Mahoma ni á las venerandas tradiciones, tronó contra la esclavitud femenina en su país, y maldijo de la compra-venta de mujeres en el Asia Menor, solicitando que la influencia occidental ponga fin á ese estado de cosas.

Lo que no nos dice la prensa, transmisora de esta noticia capaz de estremecer á la Puerta Otomana sobre sus seculares goznes, es si la princesa se queda en Berlín ó regresa á Constantinopla, y si al regreso su primo y emperador la regala un collar de perlas ó la envía, con los mudos del serrallo, el característico cordón de seda que fué instrumento de las justicias de los Amurates y Selines.

Porque con esa manera de ver, la princesa será un garbanzo negro en la olla turca, en la cual todavía sufren cochura los cristianos armenios, cochura de suplicios y de esterminio si las naciones no intervienen, que no intervendrán.

En Vigo deben de haber abordado, disfrazados de vigilantes de consumos, unos cuantos esguizaros del Sultán rojo.

Un carretero casi ciego pasaba por el fiolato, llevando el carro vacío. Detención, cuestionario, registro, y el hombre, creyéndose libre ya, rompe á andar, deseoso de llegar á su posada.

El desacato indigna á un respetable esguizaro, digo, consumero, y como no tenía á mano el yatagán, tira de navaja y se entrega al deporte de la mechadura.

Algunos armenio-vigueses que presenciaron el lance, lo comentaron con proyección de piedras, pero otro turco acudió en ayuda del primero, argumentando con el revólver. Y casi se arma un motín.

Pero ¿qué sería de nuestra hacienda municipal si los consumidores no tuviesen derecho de vida y muerte, y hasta otros derechos que el decoro veda especificar, sobre los armenios y armenias que cruzan las puertas de las ciudades?

Prudente y avisado, Bombita—Emilio Torres—ha dado un adiós á sus glorias y fatigas, antes que un toro le obligase á darlo á eso que Homero, optimista á ratos, llama «la dulce vida.»

Diez años de retozos delante de un par de astas formidables—lo son, aunque desde el tendido parecían chicas, si se ven tan de cerca como las tuvo que ver el joven diestro—basta para cogerle asco al oficio.

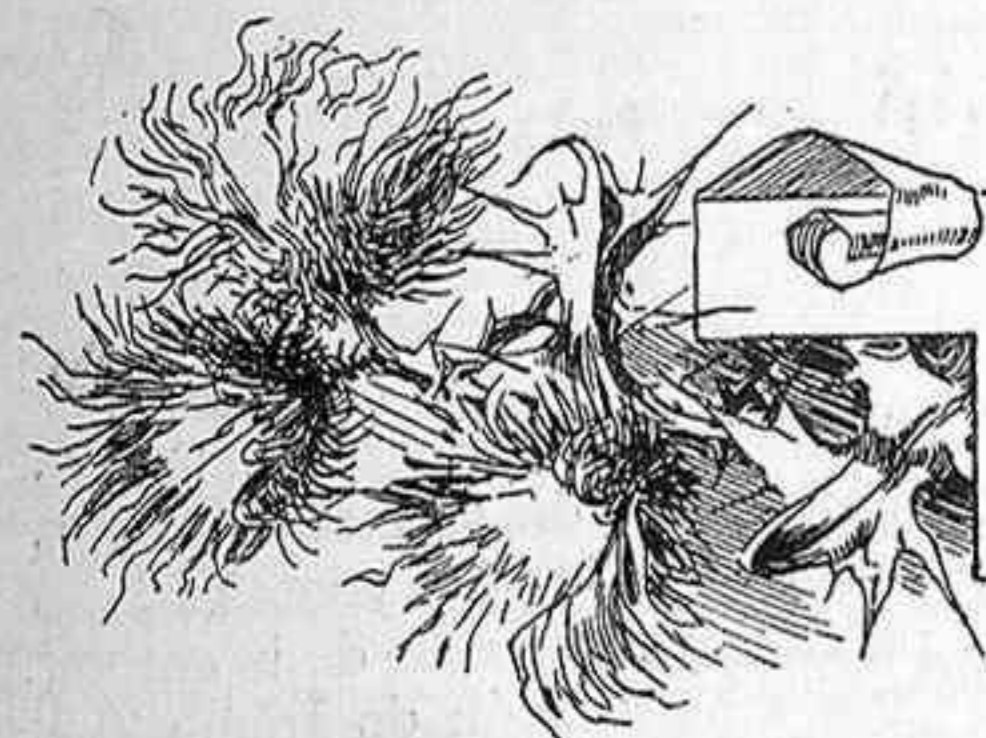
Bombita hasta se nos reviste de aureola filosófica, de prestigios de sabiduría, cuando aprendemos que ha conseguido el áurea mediocridad y que no aspira á la riqueza, contentándose con el goce, recomendado por Arturo Schopenhauer, de decir al despertarse: «El día es mío.»

Bombita acaso no haya leído «El mundo como voluntad y representación;» tanto más, cuanto que lo mismo les sucede á bastantes «intelectuales;» lo que pasa es que estas grandes enseñanzas de los honrados pensadores, á veces, por la misericordia celeste, las adivinan los sencillos concurrentes al matadero y á la dehesa boyal.

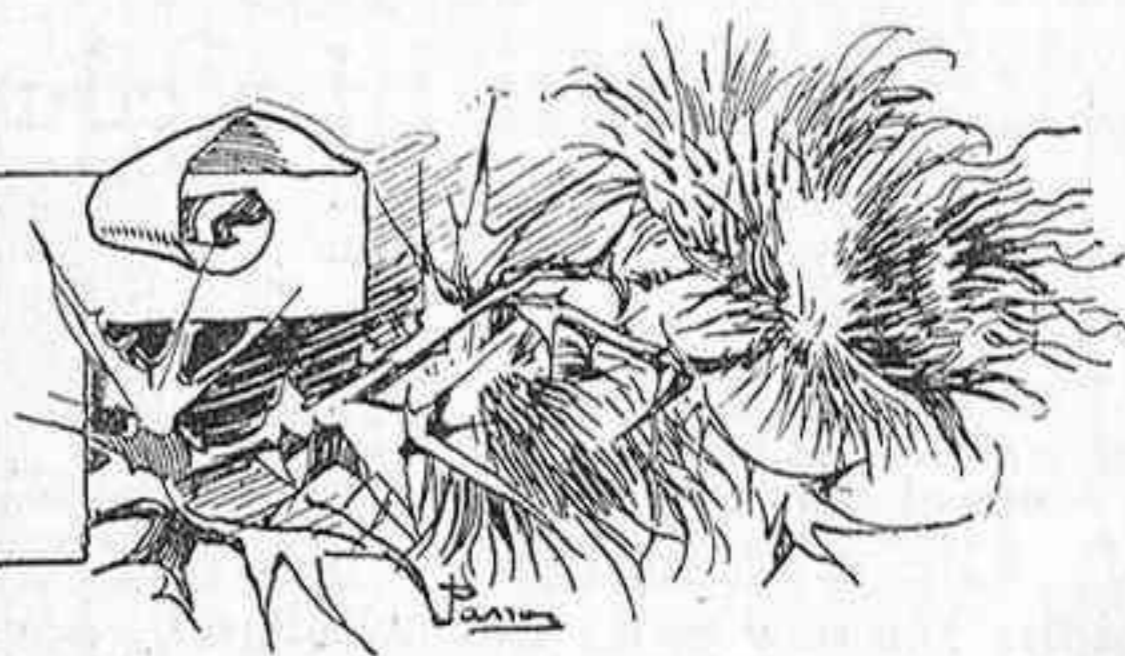
La súplica de los cristianos de antaño, la bella súplica tan olvidada «danos, Señor, una buena muerte,» sigue siendo el ideal del torero, más expuesto que nadie á morir, si no precisamente fuera de su cama, por lo menos de artificial enfermedad.

Bombita es discreto, toma el mundo como debe tomarse, y de hoy más fumará, al sol en invierno, en verano á la sombra, recordando peligros, cogidas, la ardiente puñalada del pitón que rasga las carnes, la grita del público, y mirando apaciblemente cómo se difuma la espiral de humo, emblema de nuestros afanes...

EMILIA PARDO BAZÁN.



EL DEL PUESTO



Todas las mañanas al abrir las maderas del balcón, veía yo á la puerta del café frontero, á través de los deshojados árboles de plazuela, al vendedor de periódicos que tendía las cuerdas y colgaba en ellas la variada y fresca mercancía: los diarios populares plegados y dispuestos para que los recogiese el transeunte sin detener el paso, sin más que tender la mano y dejar una moneda; los periódicos sesudos, los semanarios satíricos, los que exhiben el retrato de una actriz en boga, picaresca, risueña y levemente vestida; los que ostentan figurones de almazarronado tinte, representando á nuestros políticos mediante convencionalismos groseros, y sin que faltase en el abigarrado muestrario la estampa nacional del toro y el torero.

El vendedor era un hombrazo envejecido, alto y recio, de blanco bigote, roja la tez, cano el cabello; había en su persona aire marcial, limpieza y pulcritud milicianas, melancólica reminiscencia guerrera, resaltada por la mengua de sus miembros, pues que le faltaba el brazo derecho y era de palo la pata de la misma banda.

Su pregón firme y campanudo llegó á ser sonsonete familiar á los vecinos de la apartada plazuela y á los de las calles afluentes. Yo, una vez que yacía con acerba enfermedad, recuerdo que cifraba el ansia de salud en verme sentido y arropado como un viejecito tras la vidriera de mi estudio, viendo al mutilado vendedor impasible, correcto y bonachón á la puerta del café, en donde reverberaba el pálido sol de invierno. Si una noche de fiebre ó de insomnio arrastraba ante mí sus pesadas horas, permanecía oído alerta en espera de que el veterano viniese á anunciarme la mañana con su hueca voz y sonoro clamor; hasta en mis cortas estancias fuera de la corte sentí más de una vez punzarme el deseo de comprarle la hoja recién arrojada por la rotativa, húmeda aún, fresca

y olorosa, aquel papel que todas las mañanas recogía yo al emprender las tareas de la jornada y que el inválido me entregaba ceremonioso, acompañando la entrega de un saludo militar.

El recuerdo de aquel hombre se enrosca en mi vida con la adherencia, con la pegadura de la hiedra al tronco; su persona trascendía á miseria decorosa, á infortunio austero; su aire de gravedad, su compostura, esparcían tufillo de honradez, levantaban en el vecindario lástima y compasión. Algunas veces llegamos á entablar los dos breves diálogos sobre los sucesos que él mismo anunciaba á voz en cuello, atrayendo á los parroquianos con cebo de curiosidad; alguna vez, de los sucesos de la patria pasamos á los

asuntos de su hogar. ¡Pobre hogar de mi vecino mercader! Por única familia una hija guapetona y bien plantada, pero ciega, y un mozállon sirviendo al rey; por único sustento, el puesto. El día en que noticias

Una mañana de primavera abrí de par en par mi balcón para que entrase á oleadas la luz del cielo, el aire saturado de fragancia serrana, la greguería de pájaros que en los árboles de la plazuela posaban, y aun las agudas notas y salpicaduras de arpegios de un organillo alborotador y bullanguero. La primavera hacía irrupción violenta y ardorosa. El cielo era un pabellón azul, bruñido; la tierra transpiraba aromas y en la ramazón abrían los botones reventando al sol con brotadura fresca y lozana.

Latía el ambiente con palpitación de vida, y sin embargo me helaron la sangre estentóreos vozarrones que pregonaban los últimos momentos del reo que van á fusilar.

Era éste, según la tosca efigie con que algún periódico obsequiaba á sus lectores, un mozo fornido y de simpático rostro; su culpa no era la de un criminal, sino una escena de cuartel agria, rápida y violenta, que el código de la milicia castiga también con acritud, con rapidez y con violencia. El pueblo madrileño sintió, al despertar aquel día, el horror del trágico castigo. Hasta mi plazuela llegaba el fúnebre clamoreo, y sin duda el veterano de enfrente se había rendido á la competencia de los intrusos ambulantes, porque yo no oí su campanudo pregón aquella mañana en que el papel tendría opima venta. Quise ver si estaba en su puesto, pero el naciente verdor del arbolado me celaba la puerta del cafetín.

Los vendedores vocingleros seguían esparciendo su reclamo lúgubre; el del puesto..., nada; mudo, sin pregonar la incitante mercancía con la que él y su ciega podrían comer, sonreír...

Salí á la calle, y ya al cruzar la plazuela pude ver al marcial vendedor acurrucado, inmóvil tras la vidriera soleada del café; también él me vió á mí, pero no hizo ademán alguno para coger y doblar hábilmente, á pesar de su

manquera, el diario que todos los días le compraba.

—¿Qué es eso?, le pregunté al acercarme. ¿Está usted enfermo?

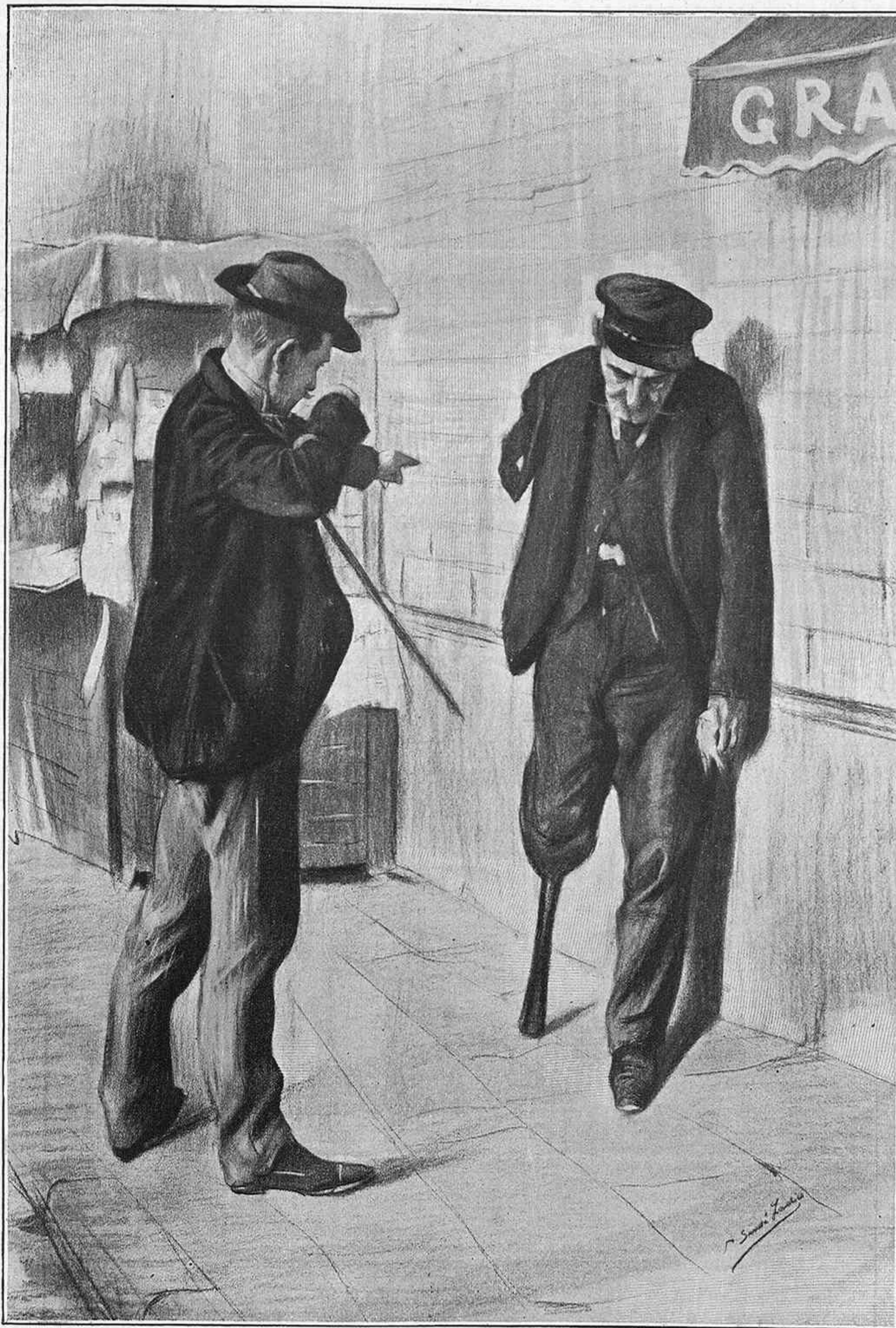
Nada me contestó; yo seguí espoleando su timidez:

—Estos pilluelos alborotadores vienen á quitar venta de los puestos fijos; pero veterano, ¡por Dios!, no hay que amedrentarse; tiene usted voz recia como muchacho de veinte años. ¡Anuncie, pregone á voz en cuello los últimos instantes del reo que van á fusilar..., digo..., que habrán fusilado ya!

—¡Yo, señor!.. ¡Si es mi hijo!

FRANCISCO ACEBAL.

(Dibujo de Sardá.)



—¿Qué es eso?, le pregunté al acercarme. ¿Está usted enfermo?

trágicas ó agitadoras estremecen al pueblo, mi vecino y su hija comen, sonríen; cuando la vida nacional se desliza mansa, en días de calma patria, sin crimen, sin crisis ó sin discurso, la ciega tal vez coma, pero el veterano ayuna.

La venta en aquel rincón, ¡es tan difícil!

No basta, como en el centro de la corte, presentar ostentosa la mercancía; si no se anuncian y vocean noticias violentas, permanece impasible el público arrabalero.

¡Pueblo feliz, que sólo aceleras la sincrónica marcha de tu vida y te agitas y te conmueves cuando un vendedor ambulante anuncia desgañitado la caída de un ministro ó la cogida de un torero!

## La educación japonesa y las fiestas escolares en el Japón

por el conde Hardenberg. Con cuatro ilustraciones

La educación infantil japonesa, como tantas otras cosas en el Imperio del Sol naciente, ha sufrido, desde la desaparición del régimen feudal, una gran transformación, y se ha ido asimilando poco a poco la mayor parte de los progresos que en esta materia se han realizado en Europa.

En los tiempos antiguos, los japoneses, siguiendo el camino que el carácter popular les trazaba, preocupábanse únicamente de infundir en el alma de los niños las ideas de honor y caballerosidad, de lealtad y obediencia, de respeto á la religión y á la autoridad familiar, de dignidad y de decoro, de disciplina y de imperio sobre sí mismo, y para infundírselas recorrían en algunos casos á los medios de que para lograr el mismo objeto

se valían los espartanos. Así, por ejemplo, los llevaban á los sitios en donde se aplicaba el tormento y se verificaban las ejecuciones capitales para familiarizarlos con los espectáculos horribles; les hacían tocar la ensangrentada cabeza de un decapitado á fin de que aprendieran á dominar sus sentimientos, y les obligaban á presenciar los ejercicios de combate y aun á tomar parte en ellos desde edad temprana, con objeto de que se entusiasmaran con los actos de valor; en una palabra, hacían todo cuanto podían para educarlos en el heroísmo.

Dentro de este mismo orden de ideas había narradores profesionales que recitaban á los pequeñuelos poesías patrióticas, mitos de héroes y acontecimientos históricos para mantener vivo en ellos el entusiasmo por las grandes hazañas.

En cambio, se daba muy poca importancia á la educación práctica: el que llegaba á saber leer y escribir; el que dominaba el complicado ceremonial del trato con las gentes, así de alta como de baja alcurnia; el que entendía los principios fundamentales del budismo, no necesitaba más para alcanzar el grado de *samurai* y tener, por consiguiente, el derecho de llevar dos espadas.

En cuanto al hijo de *haimios*, es decir, al hombre del pueblo, aún poseía menos conocimientos, contentándose con estar al corriente de la noble tradición de un oficio y de los cinco *Gorin*, en los cuales estaban contenidos todos los deberes de los hombres para con sus semejantes.

Y respecto de las muchachas, no necesitaban aprender nada; pues les bastaba saber servir y reír con gracia.

En los tiempos modernos, el programa educativo en parte ha debido ser modificado y en parte ampliado considerablemente, para que pudiera mostrarse á la altura de la civilización occidental; y fuerza es confesar que este propósito se ha logrado por completo. Mutso Hito, el Benigno, el

*Tenno*, á quien tanto debe su patria, dió el impulso para la creación de un verdadero sistema escolar, y en el corto período de menos de 30 años consiguió que hubiera distribuidas en todo el Imperio más de 30.000 escuelas populares, en las cuales los pequeños nipones de rasgados ojos pudieran recibir una educación elemental fundamental, lo mismo los hijos de las familias más ilustres que los de las familias más

humildes. Las antiguas ideas caballerescas han pasado á ser, por decirlo así, patrimonio de la nación, desde que los *samurais* se confundieron con el pueblo, es decir, desde que desapareció el régimen feu-

muñecas japonesas; la de las Banderas, la del Dragón de papel, la de los Faroles, la de la Flor de oro, la de la Primavera, las dos del Otoño, y además una porción de fiestas patrióticas, como la de la entronización de Immu Tenno, la de la proclamación de la Constitución, que se celebra el 11 de febrero, y la del Tencho-setsu, ó cumpleaños del emperador, que se verifica el día 3 de noviembre.

De todas estas fiestas infantiles las más importantes son la de las Muñecas y la de las Banderas, por cual razón vamos á describir las particularmente.

La fiesta de las Muñecas, que es para las niñas, se celebra el tercer día del tercer mes. En este día, no hay casi ninguna casa en el imperio del Mikado en donde no se saquen

de los armarios en que están guardadas todas las muñecas, á las que se adorna y viste con las mejores galas, colocándolas en sendos pedestales para regocijo de la gente menuda. En las mansiones de los nobles se exponen á veces, en tal ocasión, centenares de muñecas, muchas de ellas heredadas de los antepasados, y que generalmente representan al emperador, á la emperatriz, á su séquito y á los altos personajes, todas ellas lujosamente ataviadas. Las niñas guisan para estas muñecas en utensilios microscópicos varios manjares y se los presentan en platos también microscópicos; además las llevan de paseo y se entretienen desnudándolas y vistiéndolas.

La fiesta de la Bandera, que es la principal fiesta de los niños, se celebra el quinto día del quinto mes: todas las familias que tienen hijos varones, disponen unos peces de papel de enorme tamaño, que puestos en unas cañas de bambú se colocan en las azoteas; el viento hincha estos peces como si fueran globos aerostáticos, y entonces por encima de los edificios de la ciudad se ven flotar millares de estos figurados animales. Los niños, vestidos muchos de ellos de soldados ó de *samurais* y llevando en las manos sendas banderas de colores, recorren la ciudad y se atiborran de golosinas.

Todas estas fiestas se celebran en las escuelas de muy variadas maneras, si bien son preferidas las excursiones á los sitios históricos ó las expediciones á lugares pintorescos. Dos de los grabados que ilustran el presente artículo representan un grupo de niños y otro de niñas, el primero dirigiéndose á la fiesta de las Banderas y el segundo emprendiendo una excursión campestre para regocijarse con el espectáculo de los jardines ó para corretear por las verdes praderas. Los niños japoneses de ambos sexos tienen gran afición á todos los juegos infantiles, como la carrera, el escondite, la pelota, etc., y hasta las niñas más talladas

no reparan en quitarse las sandalias de paja y en correr, con sus escarpines blancos, tras las pelotas de varios colores, porque saben que la que logre llevar hasta la meta mayor número de éstas, obtendrá los aplausos de la numerosa concurrencia que contempla el juego.

Para los párvulos están en boga los juegos y las danzas en rueda preconizados por el sistema Froebel,



NIÑAS JAPONESES JUGANDO AL AIRE LIBRE

dal, y se han convertido en un intenso amor á la patria y en un vigoroso orgullo nacional.

Las escuelas populares japonesas están organizadas, en lo fundamental, según el patrón del sistema alemán; pero han tomado también del sistema inglés la especial importancia que en éste se concede á la educación física. La enseñanza que dan maestros y maestras muy mal pagados, sea dicho de paso, apenas se diferencia de la que se da en las escuelas populares alemanas.

Sólo en una cosa son más dichosos que los niños europeos los niños japoneses: tienen muchas más fiestas y días de asueto, que pasan más alegremente que aquí en la escuela y en su casa, y esto se lo deben á su amable protector Hotei, el Pestalozzi japonés, que siempre ha profesado acendrado amor á la infancia.



NIÑOS JAPONESES EN MARCHA PARA LA FIESTA DE LAS BANDERAS

Además de los domingos europeos, que se celebran allí desde que en 1873 aceptó el Japón el Calendario Gregoriano, hay una porción de días festivos que sólo se explican por la afición desmedida que los japoneses tienen á las fiestas. Citaremos entre ellas la fiesta de los Acoros, para niños, consagrada á la glorificación del espíritu guerrero; la de las Muñecas, para niñas, en la que desempeñan un gran papel las lindas

muñecas japonesas; la de las Banderas, la del Dragón de papel, la de los Faroles, la de la Flor de oro, la de la Primavera, las dos del Otoño, y además una porción de fiestas patrióticas, como la de la entronización de Immu Tenno, la de la proclamación de la Constitución, que se celebra el 11 de febrero, y la del Tencho-setsu, ó cumpleaños del emperador, que se verifica el día 3 de noviembre.

De todas estas fiestas infantiles las más importantes son la de las Muñecas y la de las Banderas, por cual razón vamos á describir las particularmente.

La fiesta de las Muñecas, que es para las niñas, se celebra el tercer día del tercer mes. En este día, no hay casi ninguna casa en el imperio del Mikado en donde no se saquen

y de ello presenta una buena prueba uno de nuestros grabados. La profesora está sentada en el centro, acompañando en el armonio una canción que cantan los pequeñuelos, batiendo palmas y dando saltitos, al compás del ritmo monótono de aquélla.

Para los extranjeros constituye un gran placer presenciar esas fiestas escolares japonesas, y más de uno al asistir á ellas pensará que si en su patria hubiera muchas fiestas de esas en las cuales se cultivan y fomentan el sentimiento de la belleza ante los espectáculos naturales, el respeto y la veneración á los lugares históricos y la robustez y agilidad del cuerpo, mucho saldrían ganando con ello las pequeñas generaciones que encierran los hombres y las mujeres del porvenir.

En invierno, cuando el frío impide los ejercicios al aire libre, los niños permanecen acurrucados junto á la estufa jugando á los naipes ó escuchando de labios de su abuela ó de su tía alguno de los lindos cuentos que forman el interesante y numeroso repertorio de la literatura infantil japonesa.

El mayor placer que pueden proporcionar los padres á sus hijos es llevarlos al teatro, á una de esas funciones que empiezan por la mañana y no terminan hasta muy entrada la noche.

El tener hijos constituye la suprema ambición de los recién casados, y cuando los tienen, los padres cifran en ellos su mayor orgullo y siguen con la más cariñosa solicitud su desarrollo. El amor entre padres é hijos es tal vez el único verdadero que conocen los japoneses, quienes vigilan y educan á sus pequeños sin apenas castigarles nunca, inspirándoles sobre todo verdadero horror á la mentira, para lo cual les dicen que si mienten, el espíritu malo Oni les arrancará la lengua.

El nacimiento de un hijo es saludado en el Japón con gran júbilo, sobre todo si es varón, porque sólo

los varones pueden heredar el nombre y el patrimonio de la familia. En cuanto ocurre tan fausto suceso, los padres se apresuran á mandar recados á los

leza, como Primavera, Salida del Sol, Oro, Flor de Manzano, Crisantema, Azucena, etc. Después de inscrito el nombre en el Registro Civil, se celebra una fiesta y el bautizo queda consumado. Una de las ceremonias más importantes de éste es la de afeitar la cabeza del recién nacido, al que sólo se deja un mechoncito de cabello en la coronilla.

A los treinta días de nacida, recibe la criatura su consagración religiosa: para ello se celebra una gran procesión familiar que se dirige á un templo con objeto de ponerla bajo la protección de los dioses. En este día, los padres devuelven los regalos que antes se hicieron al niño, enviando á cada donante una torta de arroz, ó huevos, ó alguna otra cosa por el estilo, acompañada de una carta dando las gracias.

El niño aprende poco á poco á hablar, mucho antes de que se le consienta andar solo; y las primeras palabras que pronuncia son, como entre los europeos, *mama*, *tata*, *bebe*, que tienen, sin embargo, distinto significado que entre nosotros, pues *mama* significa comer, beber; *bebe*, vestido, y *tata*, esarpines. Luego aprende á caminar, primero dentro de la casa y después en el jardín, y cuando ya sabe andar se le calzan las babuchas de madera, siendo sorprendente la facilidad con que se acostumbra á este calzado.

A los niños varones se les concede mucha mayor libertad que á las hembras. Los primeros se abrirán paso por sí solos en el mundo; son los herederos y sucesores del padre y tienen muchos medios para ganarse la vida. No así las segundas, las cuales han de aprender principalmente á cautivar á un hombre que les dé la mano de esposo, y una vez casadas á encadenarlo para siempre á su lado. La mujer no ha de tener voluntad propia, no ha de manifestar descontento ni cólera, violencia ni dolor, y ha de saber ocultar estos sentimientos bajo una sonrisa alegre, una cortés sumisión y una cierta coquetería.



NIÑAS JAPONESAS EN UN PASEO ESCOLAR

parientes y á los amigos más íntimos, y en seguida se llena la casa de visitantes que acuden á felicitar á los esposos y á contemplar al recién nacido y á colmar á éste de regalos; todo son allí caras alegres, menos la del pobre chiquillo, que pasa continuamente de mano recibiendo caricias que para él son tormentos.

Al séptimo día del nacimiento, su padre ó un amigo de la familia le pone un nombre, que generalmente es el paterno algo desfigurado ó el de algún ascendiente; si se trata de una niña, se la bautiza con un nombre expresivo de alguna cosa bella de la natura-



JUEGOS INFANTILES JAPONESAS AL AIRE LIBRE

## DANZA INFERNAL

Hacia una noche horrible. ¡Qué viento!.. ¡Qué obscuridad!.. ¡Qué lluvia!.. Las gotas de agua mezcladas con el granizo hacían oír, chocando en las vidrieras del balcón, ese monótono redoble que tan agradable es cuando se está á cubierto de la intemperie; el viento gemía con lúgubre quejido, como si se descoyuntara al retorcerse en las angostas callejas de los alrededores; de vez en cuando escuchábase en la acera el presuroso taconeo de algún traspasador que huyendo del frío se retiraba á su morada... ¡y con qué gusto, con qué salvaje complacencia se oye ese andar precipitado del prójimo que se cala hasta los huesos y se salpica de barro hasta la frente, cuando uno está perezosamente arrellanado en su butaca, calzando cómodas pantuflas que se tuestan al dulce calor de una chimenea!.. Seamos francos: ¿cuál de mis lectores no se ha entregado en alguna ocasión á este antihumanitario sibaritismo?

Yo estaba solo... Es decir, solo no; me acompañaban dos señoras de esbelto talle, de rostro un tanto rubicundo, llenas de gracia, de coquetería, de atractivo. Sí; había colocado á mi lado, sobre el velador, dos botellas y algunas copas para pasar lo más alegremente posible aquella velada que la lluvia y el frío hacían interminable. Habíame sentado delante de la chimenea, donde chisporroteaban algunos troncos de encina. ¡Y qué alegre chisporroteo!.. Yo tengo para mí (esta es una creencia que no trato de imponer á nadie), yo tengo para mí que en el seno de esos puntos de oro que forman los carbones encendidos se alberga una raza de geniecillos que cantan y bailan como los condenados durante la ignición. ¡Como que están en su elemento!

Cada carcajada de esos alborotadores es un estallido de la lumbre; cada salto, un movimiento de la rama seca que se retuerce; cada ondulación de la llama, cada chispa que brota, una legión de esos calaveras que abandonan su palacio de fuego y se marchan por esos mundos á efectuar sus correrías... ¿Qué hadas, qué sílfides, qué ondinas, qué peris, qué náyades ó qué driadas los esperan por esos espacios, ó por esas aguas ó por esos bosques? ¡Vaya usted á saberlo!

Reanimé la lumbre con algunos troncos para ver bailar á los geniecillos; vacié la primera copa, encendí un cigarro y adopté en la butaca una postura que, francamente, os recomiendo no uséis en visita.

Luego, entre soñador y perezoso, me dispuse á filosofar.

El viento seguía soplando por fuera y la lluvia caía á torrentes.

¡Cuántos estarían transidos de frío en aquel instante!.. Y á mí, ¡qué dulce calor me rodeaba!.. ¡Cuántos se morirían de hambre, sufriendo el helado azote del granizo!.. Y yo, ¡qué cómodamente vaciaba una botella después de cenar!

Tuve una palabra de lástima para los hambrientos, un gesto compasivo para los helados, y cumplido este deber de conciencia, me bebí seguidas otras dos copas.

Pensé luego que aquel furioso vendaval que con siniestros ruidos hacía crujir las puertas y vibrar con eco quejumbroso los canalones de los tejados, tal vez castigaría en aquel instante á algún pobre viajero extraviado en la cumbre de la sierra, próximo á morir entre torbellinos de nieve.

Pensé en el martirio de su pobre esposa, que entre dudas y sobresaltos lo esperaba; en la zozobra de sus hijos, que acaso no lo volverían á ver... Y esto pensando, observé de nuevo el ritual de los hombres que ejercen la caridad oficialmente, exclamando: «¡Pobre hombre!.. ¡Pobre familia!.. ¡Cómo ha de ser!»

Y la segunda botella tomó parte en mi duelo, que-

dándome yo tan consolado y tan satisfecho de mi conducta.

Había compadecido á aquel hombre, á su señora y á sus chiquitines; había bebido ron; me calentaba

¡Chist!.. Me pareció que había sonado un gemido muy suave, y era allí, debajo de mi balcón.

—¿Quién diablo, murmuré con cierto disgusto, vendrá á interrumpir nuestra fiesta?

Abrí una hoja de la vidriera y sacando con mil precauciones la punta de la nariz pregunté:

—¿Quién anda ahí?

—Una limosna, caballero, suspiró en la calle una voz de mujer, una voz muy débil, como el último estertor de un moribundo. Tengo hambre, tengo frío...

Lancé una carcajada.

—¿Frío?, exclamé. ¡Como que sopla un viento!.. Baila, baila como yo con los geniecillos.

Cerré otra vez las maderas y proseguí mi infernal danza en torno del gabinete... Proseguí hasta que el sudor corrió por mi cuerpo como el agua por las canales; hasta que destrocé la alfombra; hasta que hice trizas los vestidos; hasta que caí jadeante, medio muerto, desplomado como una masa cerca del hogar...

¡Ah!.. Y todavía bailaban los geniecillos, todavía... Me rodearon en un momento por todas partes; saltaron sobre mis piernas, sobre mi pecho, sobre mi rostro, enredándose en mis barbas y en mis cabellos. ¡Qué saltos!.. ¡qué risas!.. ¡qué zumbidos!.. Se empujaban, cayendo los unos sobre los otros, y se amontonaban y subían, subían en torno mío por los cortinajes y por las paredes hasta el techo, y retorciéndose en larga espiral como una serpiente de escarlata, aquel enjambre de bullidores muñecos me lamían, y me besaban, y me pellizcaban las carnes, y hablándome al oído me decían:

—Se ha muerto de frío en la calle, á dos pasos de tu hogar que hubiera podido darle calor...

—¡Callaos, malditos!..

Hice un esfuerzo para desembarazarme de aquellas miriadas de enanos azules y rojos que me oprimían, que me ahogaban; pero de la chimenea, de los muebles, de las tapias, de los muros, brotaban nuevos ejércitos con saltos, con risotadas y con chasquidos, gritando:

—¡Bailemos!.. ¡Bailemos!..

¡Para bailar estaba yo!

Los bomberos me sacaron chamuscado, medio asfixiado de entre los escombros.

Un mes entero estuve entre la vida y la muerte.

DOCTOR PÓPULUS.



Vendedor de esponjas, cuadro de E. A. Carolus Durán (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes, París, 1904.)

al lado del hogar... ¿Qué más se me podía pedir? Volvamos al cuento.

¡Qué alegre estaba mi hogar aquella noche! ¡Cómo bullían los geniecillos entre las brasas! ¡Qué subir!.. ¡Qué bajar!.. ¡Y cómo me mareaban!

—¡Estaos quietos, malditos!, les dije riendo.

Pero nada; ellos proseguían su infernal galop. Cogí las tenazas para meterles miedo, revolví la lumbre, y ¡hurra!.., allá va por la chimenea arriba un escuadrón de diablejos encarnados.

—¡Buen viaje!, exclamé lanzando una carcajada.

No se habían marchado todos, no; ni la millonésima parte de los que todavía quedaban delante de mí, danzando, moviéndose, cantando...

—Tomad, bebed también vosotros.

Llené una copa de ron y la vacié en el fuego. Subió entonces una llama cuyo reflejo lo envolvió todo en una atmósfera azulada... Y los geniecillos también vestidos de azul seguían bailando en medio de las llamas.

—Bailemos todos, grité yo loco de alegría. Y principié á saltar en medio del cuarto...

¡Qué furor!.. A ver quién se cansa antes... A ver... Allá va el velador... Allá van las botellas... las sillitas... las butacas... los cuadros... ¡Viva el baile!.. ¡Viva el ron!

## CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Comenzábamos nuestra última crónica extrañán donos del silencio del gobierno ruso acerca del combate naval librado el 23 del próximo pasado en aguas de Puerto Arthur; hoy debemos empezar la presente asombrándonos de la frescura del almirante Togo en telegrafiar á Tokio noticias de gran importancia que no tienen otro fundamento que el que pudo darles su soñadora fantasía. Porque, en efecto, resulta ahora, y así lo confirman los partes oficiales del cónsul ruso en In-Keú (Niu-Chuang) y del almirante Alexeief, que la escuadra rusa de Puerto Arthur regresó el 23 al puerto sin haber sufrido ninguna baja y que en el combate de torpederos que se trabó aquella noche sólo dos tuvieron ligeras averías.

¿Qué se propuso el almirante japonés al comunicar estas noticias, cuya falsedad había de comprobarse tan pronto? ¿Quiso con ello contrarrestar el mal efecto que en el Japón han producido las correrías de la escuadra de Vladivostok? Si es así, hay que confesar que el recurso es pueril; pero además es censurable, porque para engañar momentáneamente la opinión de su país, se lleva la alarma al seno de centenares de familias que durante algunos días lloran á seres queridos que sólo han muerto en la imaginación de

un caudillo poco escrupuloso. Después de esto, ¿qué crédito podremos dar á los telegramas que llegan á Europa desde Tokio? Así, por ejemplo, hasta que la nueva sea confirmada por los rusos, no tendremos por el pueblo de Gensán, y aunque el almirante japonés le había preparado una emboscada y aun pudo, según parece, atacarla en la noche del 1 al 2 de este mes delante de la isla Tsu-Shima, situada en el centro

bieron de abandonar con sensibles pérdidas. Circuló hace pocos días el rumor de que los sitiadores habían conseguido apoderarse de tres fuertes del frente Este, pero tal noticia no se ha confirmado. En la plaza siguen entrando abundantes víveres conducidos en juncos chinos; esto y el hecho de haber salido el contratorpedero *Teniente Burakof* de Puerto Arthur, que pudo llegar sin contratiempo á Niu-Chuang, en donde dejó importantes despachos del general Stoessel para el general Kuropatkine, demuestran que el bloqueo no es tan riguroso como los japoneses pretenden.

En la Mandchuria, los japoneses han proseguido hasta hace poco su movimiento de avance sobre las tres posiciones importantes ocupadas por los rusos de Liao-Yang, Hai-Cheng y Kai-Ping, apoderándose de varios desfiladeros que dominan los caminos que conducen á dichas ciudades. Sin embargo, últimamente han suspendido aquel movimiento y aun en algunos puntos han retrocedido, unas veces rechazados por sus adversarios, y otras á causa de las inclemencias del tiempo, que les obligan á abandonar lugares que las lluvias han hecho inhabitables.

En efecto, ha comenzado la estación lluviosa y las llanuras de la Mandchuria están completamente inundadas; inútil es decir cuánto entorpece esta circunstancia las operaciones militares. A pesar de ello, las tropas rusas soportan con excelente espíritu todas estas dificultades.

Como se ve, el general Kuropatkine ha conseguido evitar hasta ahora la batalla general ha tanto tiempo anunciada, esperando para acometer esta acción, que puede ser decisiva, disponer del contingente necesario para asestar á sus enemigos un golpe mortal. La retirada de los rusos obedece, pues, á un plan perfectamente meditado, que consiste en ir aumentando sus propias fuerzas, ya con los refuerzos que continuamente recibe de Europa, ya con las que va recogiendo de las posiciones evacuadas, y en debilitar las de los japoneses, que cada día se hallan más lejos de sus bases de operaciones y que se ven obligados á ir dejando tropas en las posiciones conquistadas, á fin de no ver interrumpidas sus comunicaciones.

La estación de las lluvias que, como hemos dicho, ha empezado ya, favorece este plan del generalísimo ruso, pues los japoneses por fuerza habrán de suspender indefinidamente su marcha, dando con ello

De los partes de los almirantes Togo y Alexeief se deducen dos cosas realmente importantes: primera, que el embotellamiento de la escuadra rusa no pasa de ser una ilusión de los japoneses, desde el momento en que los grandes acorazados entran y salen sin obstáculo por el canal; y segunda, que todos los barcos rusos que habían sufrido averías más ó menos graves han sido reparados y se hallan en perfecto estado de combatir, puesto que en la salida del 23 tomaron parte seis acorazados y cuatro cruceros. También se desprende de ellos otro detalle interesante: los japoneses atacaron en dicho día á los rusos con todas sus fuerzas navales, compuestas de cuatro acorazados de primera clase, uno de segunda, cuatro cruceros acorazados, siete de segunda clase, cinco de tercera y 30 torpederos. Ahora bien: la escuadra japonesa se componía, al comenzar la guerra, de seis acorazados de primera clase, ocho cruceros acorazados, siete de segunda clase y cinco de tercera. De modo que, además de las bajas conocidas, ó sean dos acorazados (el *Hatsusé*, echado á pique, y el *Fuji*, encallado), y un crucero acorazado (el *Kassuga*, que se halla reparando sus averías), faltan en la lista otros tres cruceros acorazados. ¿Qué ha sido de ellos? ¿Se encuentran en reparación en algún puerto japonés? ¿Han sido enviados como refuerzo al almirante Kamimura para perseguir, con más probabilidades de éxito que hasta ahora, á la división naval de Vladivostok? Ambas hipótesis son admisibles.



El mariscal OYAMA, recientemente nombrado general en jefe del ejército japonés en la Mandchuria. Dibujo de un pintor japonés

del estrecho de Corea, entre Simonosaki (costa japonesa) y Fusán (costa coreana), logró regresar felizmente á Vladivostok.

Las últimas noticias de Puerto Arthur presentan como bastante satisfactoria la situación de la plaza. Los japoneses, secundados por sus barcos, muestranse muy activos por tierra, pero sus ataques han sido

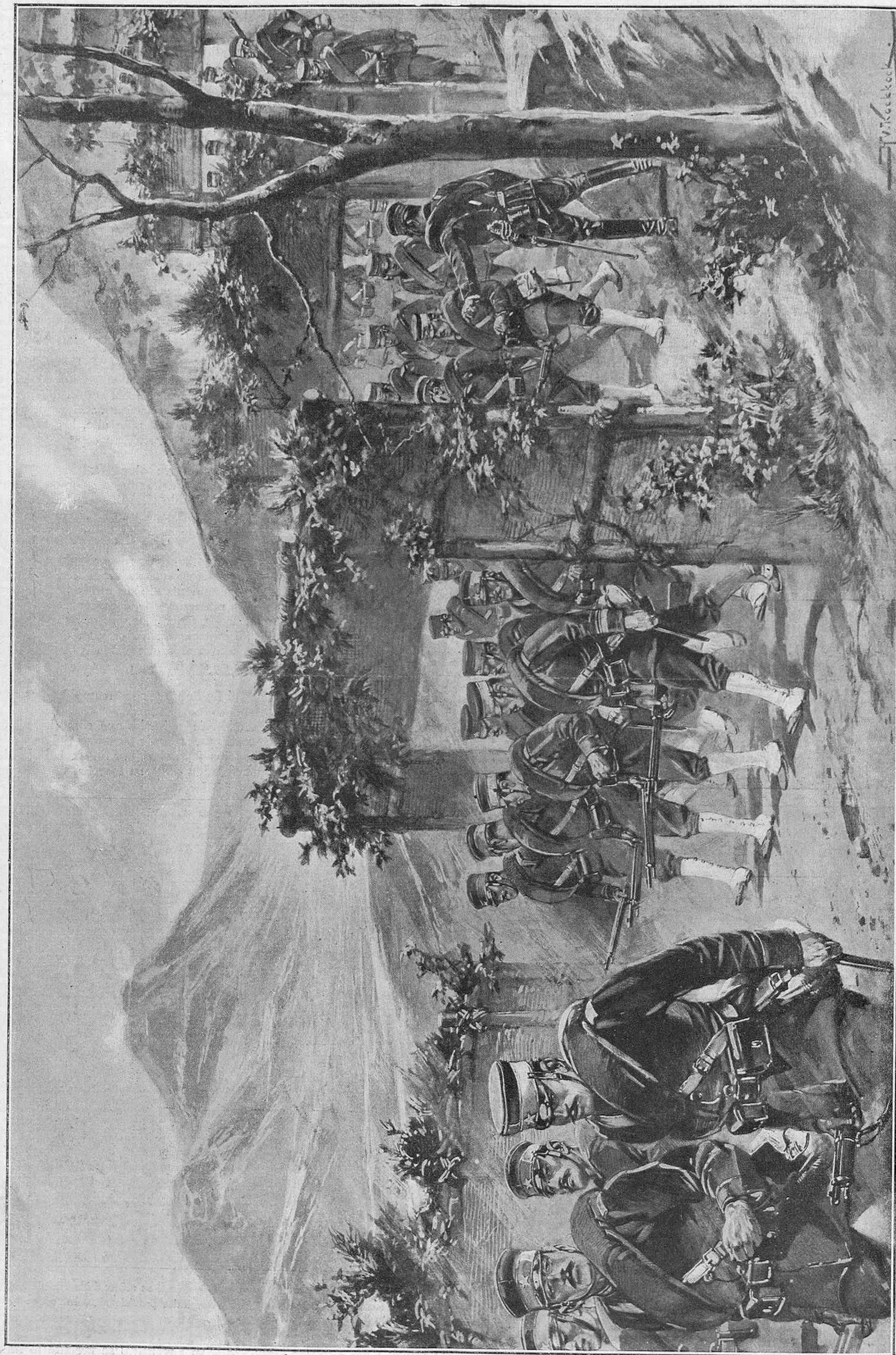


GUERRA RUSO-JAPONESA. — Después de la batalla del Yalú. — Heridos rusos en un hospital japonés. — Los japoneses son muy escrupulosos en todo cuanto se refiere á los usos de la guerra, y á los prisioneros rusos heridos les prodigan los mismos cuidados que á sus heridos propios. Después de la batalla del Yalú se instalaron hospitales provisionales, hasta que los heridos pudieron ser enviados á sus respectivos destinos. — El grabado que publicamos está tomado de una fotografía enviada por un corresponsal.

La división naval de Vladivostok continúa realizando sus correrías sin que el citado Kamimura haya podido darle alcance. Últimamente ha bombardeado

hasta ahora rechazados, excepto uno del día 26 de junio, que terminó con la retirada de dos batallones de cazadores rusos que ocupaban una colina, que hu-

tiempo á que su adversario se prepare lo mejor posible y reuna todos los elementos para las ulteriores operaciones.—R.



**GUERRA RUSO-JAPONESA.**—Avance invisible del ejército japonés hacia el Yalú.—Las tropas del general Kuroki marchando á cubierto de arcos artificiales de ramaje. Dibujo de H. W. Koekkoek, hecho sobre apuntes del natural tomados por el corresponsal del «The Illustrated London News.» — La ingenuidad con que los generales japoneses han disimulado los movimientos de sus tropas durante la presente guerra, se ha visto patentizada en el avance sobre el Yalú. Delante de Vijiú el camino que habían de recorrer las fuerzas del general Kuroki estaba completamente á la vista del enemigo, apostado en la orilla opuesta del río, gracias á lo cual los rusos habrían podido contar fácilmente las fuerzas japonesas. Para evitar esta contrariedad, Kuroki mandó levantar arcos de ramaje á lo largo de dicho camino, procurándose así la protección que no le facilitaba la naturaleza. Allí donde el camino se extendía por delante de las colinas, se levantaron arcos de troncos de abeto y pajas de mijo, que cubriendo el camino formaban una defensa impenetrable.





**GUERRA RUSO-JAPONESA.**—Las tropas del general Okú asaltando las trincheras rusas en Kin-Chau. Dibujo de Catón Woodville, hecho sobre un croquis de Federico Villiers, corresponsal artístico de «The Illustrated London News» en el Extremo Oriente. — La toma por las tropas del general Okú de las posiciones de Kin-Chau y Nan-Shan, tan valientemente defendidas por los rusos, ha sido un brillante hecho de armas que coloca a gran altura al ejército japonés. Según el parte oficial japonés, la batalla empezó el 26 de mayo y duró desde la madrugada hasta las once del día, en que la artillería japonesa apagó los fuegos de los cañones de los rusos. Estos construyeron fortificaciones, desde las cuales rompieron nuevamente el fuego. Las tropas japonesas avanzaron valientemente logrando apoderarse de aquellas trincheras. En aquella acción prestaron gran auxilio á los japoneses los cañoneros que tenían en la bahía de Kin-Chau, á pesar del fuego cruzado de uno de los cañoneros rusos que estaba en la bahía de Talién-Wan.

NUESTROS GRABADOS

**Barcelona.—La Fiesta de los Mercados.**—El último de los festejos organizados por el Festival Barcelonés ha sido la llamada Fiesta de los Mercados, que se compuso de una cabalgata y de un baile en el Salón de Bellas Artes. La cabalgata desfiló por el Paseo de Gracia en la forma siguiente: coche japonés, coche glorieta, coche avestruz, capricho holandés, coche faisán, coche langosta, coche griego, coche romano, coche Renacimiento, coche ruso, coche conchal, coche Barcelona y coche de la Sociedad del Festival. Todos estos carruajes estaban ocupados por jóvenes y lindas vendedoras de los mercados de San José, San Antonio y la Revolución, elegantemente ataviadas. El baile del Salón de Bellas Artes estuvo concurrencioso y en él fué proclamada reina de los Mercados Anita Salas, hermosa rubia cuyo retrato publicamos en esta página, siendo nombradas princesas Mercedes Sala y Jacinta Carbonell.

**El Querubín de Mozart, cuadro de J. E. Blanche.**

—Este personaje es una de las más bellas creaciones de Beaumarchais y ha servido de inspiración para una de las más encantadoras páginas de Mozart; en *Las bodas de Figaro*, del primero, él mismo hace su retrato en los siguientes términos: «Mi corazón palpita al sólo aspecto de una mujer; las palabras amor y voluptuosidad le hacen estremecer y le conturban; y, en fin, la necesidad de decir á alguien *te amo* ha llegado á ser para mí tan apremiante, que digo estas palabras cuando estoy solo, corriendo por el parque, y se las digo á tu amante, á ti, á los árboles, á las nubes y al viento que se las lleva.» En la hermosa partitura de Mozart pone éste en boca de Querubín una deliciosa romanza que en su tiempo estuvo muy en boga y que es una de las muchas joyas



BARCELONA.—Fiestas organizadas por el Fomento Festival Barcelonés.—ANITA SALAS, proclamada reina de los Mercados. (Fotografía de A. Merletti.)

líricas del inmortal autor de *Don Giovanni*. Y por si á este personaje le faltaba la consagración del arte pictórico, el notable artista francés M. Blanche lo ha reproducido en el notable lienzo que ha expuesto en el Salón de París de la Sociedad Nacional de Bellas Artes del presente año, y en el cual el lindo paje chico aparece esbelto, adolescente, pálido, con sonrisa lánguida y mirada triste y acariciadora, tal como lo concibieron Beaumarchais y Mozart. Los colores azul, negro y oro son los que predominan en este cuadro, admirablemente combinados para producir un conjunto de un arte exquisito, delicado, como

delicadas y exquisitas son las concepciones del poeta y del músico que dieron vida á Querubín. La factura demuestra la mano del maestro dotado de excepcionales aptitudes y dueño de sí mismo; la expresión denota un espíritu penetrante que ha sabido posesionarse del carácter del simpático personaje.

ella algunas representaciones de ópera italiana y bailes de espectáculo bajo la dirección artística de D. Amadeo Tomba y de los maestros directores D. Güelfo Mazzi y D. Joaquín Vehils; las óperas que la empresa se propone poner en escena son *Lohengrin, Hugonoles, Africana, Aida, Otelo, Ernani, Bailo in maschera, Trovatore, Lucrezia Borgia, Faust, Boheme, Mefistofele, Carmen y Gioconda*.

**Necrología.**—Ha fallecido:

Dr. D. José Balari y Jovany, catedrático de lengua Griega de la Universidad de Barcelona, helenista eminente, profesor dotado de un temperamento didáctico excepcional, como lo prueba el hecho de que quince discípulos suyos desempeñen actualmente cátedras del Estado, autor de importantes obras, entre ellas *La poesía fósil, Estudio comparativo de los sufijos y partículas*, y el magistral libro *Orígenes históricos de Cataluña*, que obtuvo el premio Martorell en el concurso abierto por el Excelentísimo Ayuntamiento de esta ciudad. Actualmente se ocupaba en allegar materiales para un gran diccionario de modismos é idiotismos de las lenguas neo-latinas y con preferencia de la catalana. Pertenecía á multitud de academias y corporaciones extranjeras, era miembro correspondiente de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia de Madrid, individuo de la de Buenas Letras de Barcelona, etc., etc.



BARCELONA.—Fiestas organizadas por el Fomento Festival Barcelonés.—La cabalgata de los Mercados desfilando por el paseo de Gracia (Fotografía de A. Merletti)

**Vendedor de esponjas, cuadro de E. A. Carolus-Durán.**—Cuando este eminente retratista parisiense se siente cansado de pintar retratos de damas ilustres y de elevados personajes, todos los cuales tienen sus caprichos y sus exigencias, se da el gusto de pintar para sí, de escoger el modelo que más le place, de dar rienda suelta á su virtuosismo. Por esto de cuando en cuando pinta un paisaje, ó un desnudo ó un tipo popular como el *Vendedor de esponjas* que ha presentado este año en el Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. Este extraño personaje, de pronunciadas facciones, de barba y cabeza canas, con su pierna de palo y su extraño traje existe en París y todo el mundo le conoce: es, según parece, un viejo español, tal vez un emigrado de los que tomaron parte en nuestras guerras civiles y que por no reconocer el régimen imperante ni siquiera con su silenciosa aquiescencia, se refugiaron en Francia prefiriendo el pan de la emigración sin abdicar de sus arraigadas convicciones, á vivir tranquilos en su patria bajo la dominación de unos poderes que consideran ilegítimos y contra los cuales pelearon derramando su sangre. Carolus-Durán figura hoy entre las eminencias del arte pictórico francés; pero para llegar á tan alto puesto ha tenido que luchar ruidosamente, ya que durante mucho tiempo, aun en medio de algunos de sus ruidosos triunfos, ha sido mal comprendido por una parte del público y de la crítica.

**Jardín del castillo de Penshurst (Inglaterra), cuadro de G. S. Elgood.**—Comprendemos la atracción que sobre los artistas ofrece la naturaleza en sus variadas manifestaciones, y no sólo la naturaleza que ostenta libremente sus galas sin que en ella haya puesto sus manos el hombre, sino también aquella otra en la cual el poder generador de la madre tierra hállase subordinado á las exigencias del arte. Hermosos son los bosques, los campos y los prados naturales; pero hermosos son también las huertas y los jardines en donde el humano arte forma grupos de arbustos y macizos de flores, hábilmente combinados para mayor deleitación de los ojos. Se explica, pues, perfectamente que haya pintores enamorados de estos últimos y que en ellos busquen inspiración para sus composiciones. En Cataluña tenemos al ilustre Rusiñol, cuya colección de jardines constituye una de las más brillantes manifestaciones de su genio y ha sido admirada en todas partes, así en España como en el extranjero. En Inglaterra existe también un artista notabilísimo que se dedica á esta especialidad, Elgood, de quien es el cuadro que en la última página del presente número reproducimos. Hay en las obras de este pintor, y buena prueba de ello es el *Jardín de Penshurst*, algo más que la copia exacta, hasta minuciosa, de las plantas, de las flores y demás objetos que entran en la composición; en ellas se respira el propio ambiente de la naturaleza, se advierte tanta verdad, tanta expresión, por decirlo así, que contemplándolas parece que aquellas telas inanimadas cobran vida, que la ficción artística cede su puesto á la realidad y que la mirada no se posa sobre formas y colores artificiales, sino que percibe la verdad misma recreándose con los infinitos matices de aquellas flores y perdiéndose en las lejanías de aquellas umbrosas arboledas.

MISCELÁNEA

**Espectáculos.**—Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *El abuelo*, comedia en cinco actos de don Benito Pérez Galdós, y *La estirpe de Júpiter*, comedia en cuatro actos de D. Manuel Linares-Rivas Astray, esta última no representada antes en ningún otro teatro y que ha valido á su autor entusiastas aplausos; y en el Eldorado *Catalina*, comedia en cuatro actos de Enrique Lavedán, adaptada á la escena española por los Sres. González Llana y Francos Rodríguez. La Plaza de Toros Nueva ha sido convertida en teatro para dar en

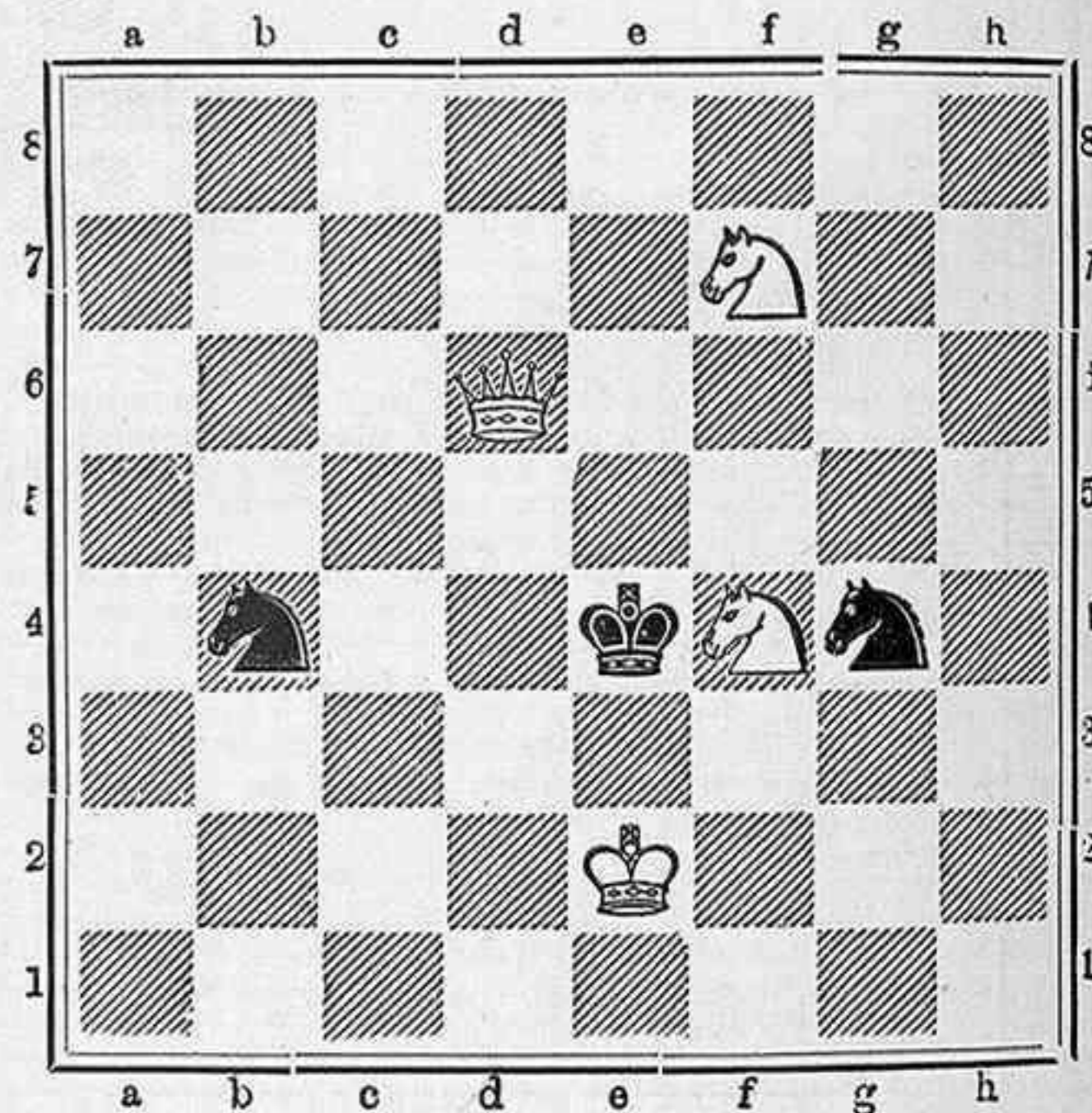
Academias de la Lengua y de la Historia de Madrid, individuo de la de Buenas Letras de Barcelona, etc., etc.

**BOUQUET FARNESE VIOLET**

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 373, POR J. L. VALLEJO.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 372, POR J. G. CAMPBELL.

- |                                |                |
|--------------------------------|----------------|
| Blancas.                       | Negras.        |
| 1. Cg3-h1                      | 1. Tb1-b3      |
| 2. Dd3-f1                      | 2. Tf7xf1 (*)  |
| 3. Ch1-f2                      | 3. Cualquiera. |
| 4. Ce6-f8 ó c5, ó Tc8-d8 mate. |                |

(\*) Si 2... Ag1-f2; 3. Df1xf2, etc., —y si 2... Tb3-f3; 6 Dh4-f6 ú otra jug.ª; 3. Df1xg1, etc.

VARIANTES.

Con la 1.ª jugada de las blancas se inicia la amenaza siguiente: 2. Dd3-h3, y 3. Ce6-f8 ó c5 jaque doble y mate. Al contrarrestar las negras esta amenaza, se originan las siguientes variantes, además del juego principal ya visto.

- |                   |                        |                    |
|-------------------|------------------------|--------------------|
| 1... Tf7-f5 ó f3; | 2. Tc6-c7jaq., Rd7xd6; | 3. Tc7-b7, etc.    |
| 1... Dh4-e7;      | 2. d6xe7, Rd7xe7;      | 3. d5-d6jaq., etc. |
| 1... Ag1-b6;      | 2. a5xb6, Ca1-b3;      | 3. Aa2xb3, etc.    |
| 1... Ag1-e3;      | 2. Dd3xe3, Ca1-b3;     | 3. Aa2xb3, etc.    |
| 1... Td1-f1;      | 2. Dd3xf1, Tf7xf1;     | 3. Ch1-f2, etc.    |
| 1... Ca3-c4;      | 2. Dd3-h3, Cc4xd6;     | 3. Tc6-c7 mate.    |
| 1... Dh4-f6;      | 2. Dd3-h3, etc.        |                    |
| 1... Otra jug.ª;  | 2. Dd3-h3, etc.        |                    |

Considérase este problema como el más difícil de resolver que se conoce entre los de cuatro jugadas.



... en ambas cabeceras, negligentemente apoyados los brazos de misia Jeromita y de Fortunato

## MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Apenas respondía Pantaleona, aplicado el pañuelo á la cara. Dolorcitas continuó, dejando miramientos inútiles:

—Después de esto, hija... Ponte en nuestro lugar. Tú no niegas que hayáis tomado inquilino...

Pantaleona movió la cabeza.

—No niegas que este inquilino sea joven...

Volvió Pantaleona á mover la cabeza, y Dolorcitas hizo un gesto expresivo:

—Luego...

Apartó la otra el pañuelo de la cara y la miró. Había tanta serenidad y resignada tristeza en los ojos negros de Pantaleona, que Dolorcitas quedó medianamente confusa, y como si de viva voz la acusaran, defendióse dando golpes con la sombrilla sobre la estera.

—Repito que yo no creo nada, no creo nada.

Y Pantaleona desahogaba su amargura á raudales, con atropellada exaltación. Si era cierto, ¿cómo negarlo, y para qué negarlo? Misia Jeromita había arrendado la pieza grande en uso de su perfecto derecho, sin consultar al vecindario ni darle parte de lo que ni poco ni mucho le importaba; y habíala arrendado porque los tiempos corrían muy difíciles y cada cual sabe dónde le aprieta el zapato, y más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y así como unas se valen de la aguja para ir tirando, otras del mejor medio honrado que encuentran, etc., etc. En estas razones sanchescas y cien etcéteras de igual calibre encerrada estaba la verdad, la verdad pura y limpia de las máculas sospechosas con que la pérfida malicia pretendía agraviarla: creyérnala ó no, á despecho de apariencias y cavilaciones, ella tenía su conciencia muy tranquila, y llevaba más alta que nunca la frente. Lo que la afligía mucho, muchísimo, era que ellas, las Cadenas, la juzgaran mal, que Jorgito pudiera imaginarse... ¡Si la primera en criticar la decisión de misia Jeromita, la primera en oponerse formalmente y con todos los recursos de diploma-

cia y de guerra, fué ella, ella quien aconsejó, rogó, se enojó y chilló hasta poner el grito en el cielo!

—Hace ocho días que ese hombre está en casa, añadió acalorándose más; pues hace diez que no hablo yo con Jerónima ni me siento á la mesa, reclusa en esta habitación, y de aquí no saldré ni haré con Jerónima las paces mientras ese hombre siga en casa. ¡Lo he jurado! Y si á ver á ustedes no he ido, atribúyanlo á la dolorosa vergüenza de saber que se me señala con el dedo... Quisiera esconderme debajo de la tierra. ¡Dolores de mi alma! ¡Soy muy desgraciada!

—Tranquilízate... Eso mismo le he dicho yo á mamá y á las que nos fueron con el cuento. Pero, hija, las apariencias, el decoro...

—Entonces, ¿ustedes también? ¿Jorgito también?

—No; ¿qué hemos de creer nosotras de ti? ¡Mujer, por Dios! Te diré... Oye: á mamá ya la conoces; tan celosa del buen nombre de su familia, exageradísima en los achaques de honor como un caballero andante; lleva sus dos apellidos de Prisco y Cadenas montados en las narices, y todo lo mira al través de ellos, agigantándose cuanto mira porque son vidrios de aumento. Pues figúrate cómo andará desde que supo... Hija, no le entran razones y exige el rompimiento absoluto. El pobre Jorgito, ¡figúrate también!, él te quiere, te adora, pero lo que dice mamá: el honor antes que el amor. Así, estos días han sido de barullo en casa: discusiones, gritos, lágrimas, soponcios; anoche Jorgito no comió, y me parece que ha velado en su despacho. El quería venir para hablar contigo, pero le disuadimos: «¿Y si tropiezas con el prójimo y se arma una cuestión?» Mamá quería venir también, pero temió un choque con Jerónima. Entonces convinimos en que viniera yo, no á pedirte explicaciones, que sobran, sino á... ¡Te aseguro que he dado una carrera!.. Está la calle más vigilada... El callejón de las tres Marías es un puesto de policía; sin embargo, supongo que no me han *pisado*.

Ahogándose, ofreciendo el seno á la estocada, Pantaleona preguntó:

—Has dicho que no vienes á pedirme explicaciones. ¿A qué vienes entonces tan medrosa de que te vean entrar en mi casa?

—Pues á eso, contestó simplemente la embajadora, á manifestarte que las relaciones con mi hermano, por causa de este suceso desagradable, no pueden continuar. Ponte en nuestro lugar, Leona, y de seguro nos darás la razón.

Calló la de Pérez Orza, intensamente pálida; tosió Dolorcitas, satisfecha de haber soltado la bomba tan fácilmente y sin que la crisis de llantos y lamentos se produjera, y entre cada je, je, de la tos fingida intercaló estas gruesas palabras: *apariencias, decoro, sociedad*, con aspavientos de los lindos ojos y golpecitos de la sombrilla, mientras decía para sí:

—La he clavado como un murciélago á la pared; apenas respira. ¡Si pensaba engatusarme con sus gazmoñerías!.. Toma y ráscate ahora... He cumplido mi misión. Y el zongo de Jorgito que no se atrevía...

Fríamente, con desdén que encubría la honda herida, Pantaleona rechazó la ofensa. ¡Bueno! ¿A qué tantos rodeos para decirlo? Hubiera comenzado por ahí y se ahorraran palabras inútiles. ¡Triste misión la que cumplía la embajadora! ¡Y qué mayor nobleza mostrara Jorge Cadenas si él en persona, como buen caballero, se presentara á acusarla; así, frente á frente, le dijera cosas que á un tercero parecía excusado decirle! Jorge Cadenas se había portado muy bien, de una manera digna de los Priscos y Sangiles, orgullo de su madre, misia Elvira.

—Ni anillo ni palabra de compromiso tengo que devolverle, añadió. Si acaso, sus versos y sus cartas. (*Levantándose.*) ¿Que él no lo exige? No importa. ¿Qué haría yo con ellas? ¡A él pueden hacerle falta, Dolores! Con cambiar mi nombre y el consonante, le sirven para otra... ¡Para otra tonta que crea en

que lleva corazón dentro del pecho! (*Abriendo un secreter.*) Aquí están los versos, las cartas, las flores secas..., éstas no le servirán ya, pero van tan baratas como los versos. Transmítele este buen consejo de mi parte: que á otra la hable en lengua vulgar; porque si sus versos han de ser tan expresivos como su corazón, mal éxito le auguro en sus amores: no todas son Leonas crédulas, mansas y bobas. Y con el consejo, mi profundo agradecimiento por el honroso concepto que le merezco. Toma.

Desconcertada, titubeaba Dolorcitas en tomar el paquete. Pantaleona se lo echó sobre la falda, y la dió la espalda, canturreando entre dientes.

—Supongo, amiga mía, que esto no será una razón para... Las circunstancias variarán, y entonces, todavía..., insinuó melosamente la de Cadenas.

Y Pantaleona, súbitamente inflamada, sacó la zarpa furiosa:

—¡Nunca! ¿Lo oyes? Jamás; así me lo pidiera de rodillas. Me ha ofendido con su sospecha infame, ha lastimado mi orgullo de mujer. No se lo perdonaré nunca. Las circunstancias variarán, y brillará la verdad, ¿quién lo duda? Pero Jorge Cadenas no recuperará mi estimación, que mi amor él mismo se ha encargado de matarlo. ¡Nunca, nunca! Tendría que ver... Y si me encuentra, que no me mire, que no me salude, porque le volveré la cara.

—¡Leona, por Dios!

Se acercó á besarla, y ella se dejó besar toda erizada, temblando de indignación y de cólera. Dolorcitas se excusaba; al fin y á la postre, no tenían culpa de lo sucedido; ¿por qué habían de separarse enemigas? Y despediase con monerías gatunas, achacando á los otros, á la mamá y al hermano, la desconfianza y la intransigencia... Al salir, el sol las deslumbró á las dos, y Dolorcitas abrió la sombrilla; pero no se marchaba, deslizándose ojeadas curiosas hacia el fondo de la casa, hacia la puerta de la pieza grande, albergue del prójimo misterioso, á quien rabiaba por conocer, para decir como las otras: «¡Le he visto!» ¿Estaría ó no? Con el pretexto de admirar las uvas del parral, que ya pintaban, se acercó dando saltitos, como los gorriones... ¡Qué dicha! La puerta, de par en par, descubría la hermosa alcoba, recién aviada, amplia, limpia y bien oliente...

—¡Ay, Leona! Yo soy muy curiosa, ¿me permites?

Y entró de rondón, palpando la tela de las cortinas, los frascos de perfume del tocador, los libros de la consola, las fotografías agrupadas en las paredes. Huroneó á su antojo, mientras preguntaba á Pantaleona, que no pasó del umbral, contrariadísima:

—Dime, ¿éste es él? ¡Qué buen mozo! Y estas serán sus hermanas, porque se le parecen mucho. Aquel de los bigotazos, ya le conozco: Víctor Manuel; no se concibe italiano sin Víctor Manuel, Garibaldi y Mazzini, su trinidad política. En cambio, ningún emblema religioso para un remedio. ¡Qué bien huele! Parece cuarto de dama; no debe de fumar, que si fumara... ¡Ea, ya salí de la curiosidad; dispensa, hija, y hasta la vista!.. ¡Ay!

No fué ella sola quien chilló de sorpresa, sino también Pantaleona; porque á su espalda, la voz de Fortunato Lucca, aquella voz dulzona y odiosa, acaba de pronunciar:

—*Signorine...*

De pie, en la vereda de ladrillo, el bonito Fortunato inclinaba la blonda cabeza descubierta, muy halagado de la visita de ambas jóvenes. ¿Por dónde entró, que no le sintieron? Leona escabullóse, sin cuidarse ya de Dolorcitas, y ésta huyó también, corrida de vergüenza, las dos como palomas asustadas.

Pantaleona echó la llave á su puerta, y en la misma butaca se recogió cejijunta. Oía al otro dar órdenes á Sebastiana y alborotar en el comedor con mucho abrir de cajones y remover de botellas, platos, vasos y cubiertos; sin duda preparaba su merienda, el obligado *lunch* de la tarde; sin duda, en la ferretería de Barbarossa el trabajo no sobraba ni urgía tanto, cuando en día hábil se daba suelta á los dependientes. Oíale Pantaleona andar, hablar y disponer con arrogancias de amo que no admite réplica, ni sufre deficiencias en el servicio... Y olvidaba la irritante vecindad, señoreando su imaginación la idea del rompimiento con Jorgito; y de nuevo, la cólera, que apenas pudo frenar delante de Dolorcitas, desatábase impetuosa, haciendo que golpeara el brazo de la butaca y arrojase palabras de desprecio: «¡Imbécil!»

Porque no era pena de amor lo que padecía, sino herida del orgullo. ¡Imbécil!, que tan gravemente la ofendía, y en forma tan descortés. ¡Imbécil!, poeta ñoño, mal caballero... ¿Qué encontró en él que la había cegado al punto de no caer en la cuenta que sacaba ahora con perfecta claridad? ¡Qué estúpidos somos, pero qué estúpidos! ¡Y qué misterio este del amor, más tenebroso, á pesar de cuanto sabios, psi-

cólogos y moralistas de toda laya han dicho y estudiado! Véase, para muestra, lo que luego, más calmada, escribía la joven á Monreal:

«La novedad del día, Nepomucenito de mi alma, es que ha estado Dolores Cadenas á notificarme, lisa y llanamente, que su señor hermano, en vista de lo que ocurre en casa y en el barrio se murmura, ha resuelto quebrar amistades conmigo, ó sea enviarme un *bolsazo* superior. Tú creerás que yo me he desmayado, y flojos mis nervios por la guerra que sostengo, he preparado mi vasito de agua con fósforos, y estoy hecha un mar de lágrimas; pues, no, Nepomuceno, por extraordinario, inverosímil y contradictorio que te parezca. La idea de que el Sr. Cadenas llegara á sospechar de mí en la situación equívoca que la locura de Jerónima me ha creado, me arrancó más lágrimas en estos horribles días que las que vertiera Magdalena arrepentida; pero la realidad del hecho, en vez de producirme el dolor del perdido cariño, ha sublevado mi orgullo de mujer indignamente agraviada, y á estas horas no queda en mi corazón rastro alguno de que haya estimado siquiera al Sr. Cadenas. Más todavía, para que sea mayor tu extrañeza y me consideres la criatura más voluble y sin seso de la tierra: veo ahora todos los defectos, físicos y morales, del Sr. Cadenas, como los ves tú, enemigo suyo desde el primer día y opositor constante de estos amores nuestros; no disputo ya contigo que sea un títere sin carácter, un poetaastro sin inspiración, un perdulario sin porvenir, tonto, vanidoso y hasta feo, con aquel rubio amarillo que gasta, los ojos descoloridos y la tonadilla que emplea para hablar... Explícame, Nepomucenito, este raro fenómeno, tú que sabes, á veces, filosofar tan bien: ¿por qué le reconozco yo al Sr. Cadenas estas cualidades, que no le reconozco (¡te juro que no!) antes de ofenderme? Si el cariño me cegaba, ¡qué cariño tan arraigado, que se deja arrancar del primer tirón!, ¿ó será que el amor propio es más fuerte que el otro, y puestos á reñir le vence sin remedio?»

«En suma, que tal como lo pinto está mi ánimo, y no creo que vuelva á acordarme del Sr. Cadenas, ni del santo de su nombre, sino para execrar su villanía. Porque, ¡ay, Nepomucenito!, de su indigna sospecha participa todo el barrio, y nadie nos visita y todos huyen de la nuestra, como de casa apestada; ¿qué peste mayor que la calumnia, Nepomucenito? ¡Tampoco vienes tú, que fuiste siempre mi consuelo y mi apoyo! Ven, y no hagas caso de él, si le tropiezas, ni de Jerónima, si sale á desafiarte, y entra derecho en mi cuarto, que aquí te espera esta prisionera del decoro y esclava del deber; mira, Nepomuceno, que no halló de quien valerme, y el profundo entredicho que me separa de Jerónima se ahonda por instantes y por instantes crece la insolencia del toscano, y mi prudencia sola no bastará á impedir que la mina reviente, si ellos, en el umbral de mi puerta, se complacen en mantener encendida la mecha. Tú me predicabas la paciencia *en nombre de sagrados deberes...* ¿Qué deber más sagrado que el de salvar la propia honra? ¿Te parece que yo, después del afrentoso repudio del Sr. Cadenas y de las murmuraciones con que se me abrumba, puedo seguir indefinidamente en mi actitud de protesta silenciosa, privada de aire, de libertad, de afecciones y de distracción? ¿No comprendes que no, Nepomucenito de mi vida? Doy vueltas, desesperada, en la estrechez de mi jaula, para caer en la dolorosa cuenta de que, vinieras tú decidido á sacarme de este infierno, había de estrellarse tu buen deseo en los miramientos sociales, porque fardo más pesado que mujer joven no existe, ni de colocación más difícil. ¿A quién me arrimo? ¿Dónde voy, que no me persiga la calumnia y me aceche el peligro? ¿Estaré condenada á partir el pan en la misma mesa con ese hombre, causa y motivo de mis penas? ¡Antes en un convento, Nepomucenito! ¡Mira cómo, forzosamente, ha de volverse la vista á Dios, cuando el mundo nos abandona!»

«Por las razones antedichas y estas exigencias ridículas que me prohíben vaya sola, sin perro de compañía, á visitar á un señor primo sesentón, no me verás en la calle de Montevideo hasta las calendas griegas; que si yo pudiera ir, aunque tú, por rencor contra Jerónima, no vinieras, bastante adelantáramos en el camino de la solución. Pensamos Sebastiana y yo cómo tendrás el cuarto, Nepomucenito, de arañas y de polvo, cómo la ropa blanca, sin zurcir, y la de paño, falta de botones y bencina; cuántos pañuelos te habrán perdido y cuántos cuellos, porque misia Mercedes entiende sólo de cobrar su mes y al inquilino que le parta un rayo... Aquí suspendo este memorial, porque acaba de llegar Jerónima, y su voz, como la del otro, ¡lo confieso, Nepomucenito!, me crispa los nervios. Tengo miedo de que á ella le alcance un día el odio que al otro conservo, y el que cultivo empeñosamente. Escribeme

pronto... Pero no me hables del Sr. Cadenas, ni me recuerdes que he estado *encadenada* á su insignificancia un año corto, que mi desgracia ha hecho demasiado largo...»

Dejó la pluma, y extendió la mano hacia un mendrugo que de la cena anterior quedara sobre el secreter con la botella de vino dedicada á su servicio; y lo mordió ansiosa, pues su estómago sordamente comenzaba á quejarse de la injusta penitencia que sufría, alborotándose á causa de los efluvios culinarios procedentes del comedor, y que la nariz iba recogiendo golosamente: bebió asimismo un trago de vino, y se absorbió de nuevo en la tristeza de sus preocupaciones, de la que no saliera si la charla de los vecinos no la perturbase é irritara.

Mientras de asuntos baladíes trataban, poca atención les prestaba Pantaleona, y en la callada alcoba, que obscurecía la sombra de la persiana, estabábase inmóvil, comentando sólo con un fruncir de cejas las palabras sueltas más melosas ó de ambiguo sentido; pero muy pronto bajó el diapason la pareja, cesó el retintín de los cubiertos y el diálogo tomó tales caracteres de misterio que, lo que hasta entonces no le ocurriera, entró en Pantaleona desahoradas ganas de espiar por el ojo de la llave. Fué de puntillas, se arrodilló delante de la puerta y miró... ¡Oh, exquisito refinamiento de la malicia, suspicacia del pecado y astucia de la desconfianza! Misia Jeromita había opuesto á la probable curiosidad de Pantaleona una pelotilla de papel introducida en la cerradura, no tan fiel y bien colocada que pudiera resistir al ligero, sigiloso y paciencioso empuje de una horquilla, que la mano de la muchacha escogió en el negro rodete, franqueando á la vista cuanto ésta pudo abarcar, y era, en verdad, digno de contemplarse...

Sobre la mesa tendida de un mantel adamascado, en que se combinaban los colores rojo y gris y festoneaba ancha cenefa blanca, el servicio de te, de metal, las fuentes con pastas y fiambres, la empajada botella de *Chianti*, un florido vaso en el centro, y en ambas cabeceras, negligentemente apoyados, los brazos de misia Jeromita y de Fortunato sosteniendo las caras plácidas de mortales que en amorosa paz celebran una buena digestión; no se había quitado la capota la señora, cargada de plumas y cintajos; él, de batín perla con cabos azules, se esponjaba en la silla con el pedantesco aplomo de quien conoce la importancia de sus prendas físicas. Hablaban bajito, y no de asuntos que suscitaban discusión, pues apenas si replicaba Fortunato á lo que exponía misia Jeromita, y debía de estar relacionado con Pantaleona, porque ésta, enhebrando palabras y descifrando gestos, pudo entender lo siguiente:

—¡Si acabará por cansarse, tonto! ¿Lleva ocho días? Pues antes de dos semanas la tenemos aquí, mano á mano con nosotros. ¿Quién resiste al encierro y ayuno que ella misma se ha impuesto? Dice Sebastiana que hoy tampoco ha querido almorzar; ya la obligará su estómago á ceder. Siempre fué igual: pronta en atufarse, de genio vivo, rencorosa..., hasta que se aburre de su papel. Y si no cediera, ¿qué?, peor para ella; ¿dónde irá que más valga? Pero no es mal síntoma ese de que la hayas sorprendido en la puerta de tu cuarto, mientras la desfachatada de Dolores curioseaba dentro: te digo que antes de dos semanas abandona su actitud revolucionaria.

Aquí Fortunato interpuso algo en su lengua, y Pantaleona siguió traduciendo la respuesta de la hermana mayor:

—El primo Nepomuceno, después de la tunda recibida, no vuelve aquí, porque sabe lo que le espera; ella tampoco irá, pues Sebastiana, ó cumple mis órdenes ó la pongo en la calle; y sola, ¿qué ha de salir de casa? Le escribirá, eso sí, y me tiene sin cuidado: ¡contra cien Pantaleonas y cien Nepomucenos te defendería yo!

Cogiendo una pelotilla de pan, se la arrojó, muerta de risa, y el toscano se escudaba con la mano.

—¡Figúrate! ¡Si la dueña de la casa y de la bolsa soy yo! Además, estoy cansada de la tiranía del primo, que siempre me ha manejado de las narices... Déjales que se unan y conspiren: no podrán, ¿qué han de poder?»

Otra vez dijo algo Fortunato, pero lo que contestó misia Jeromita no logró atraparle la muchacha; sólo frases descosidas:

—Dueño y señor... Si el borrico de Barbarossa te va cargando, no vayas á la ferretería... También los otros son muy exigentes: piden y piden, y no dejan de pedir... Bien que se pagó la ceremonia... ¡Ay, Fortunato, Fortunato!..

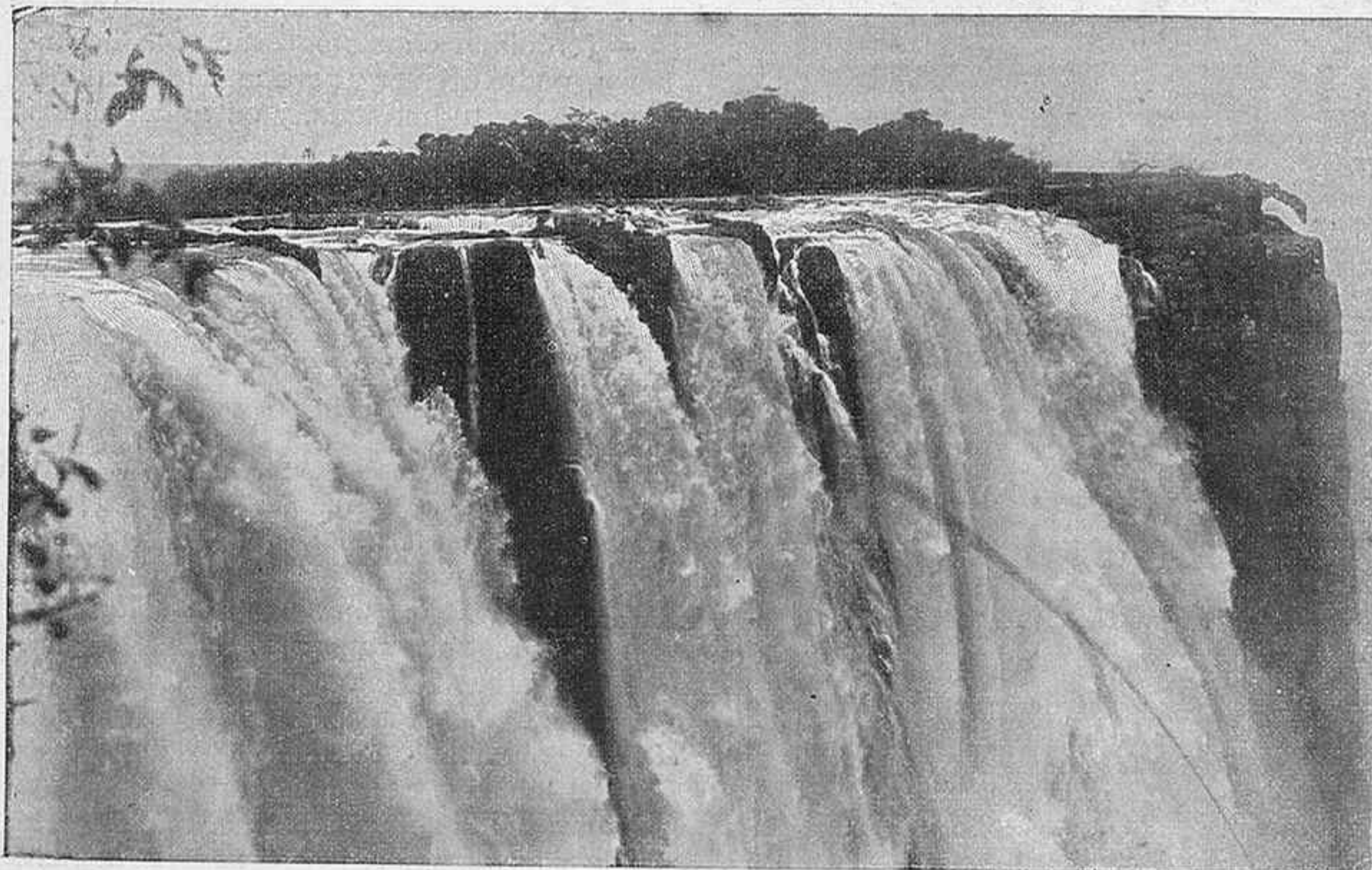
No percibirían los oídos, al través del diminuto agujero, cuanto deseaba la curiosidad insaciable; en cambio, la vista gozaba á sus anchas de la mímica de los dos actores, interpretando fácilmente sus silencios y apartes, de modo que á la espía no le que-



## LA CATARATA MAYOR DEL MUNDO

Decir que la catarata Victoria, en Rhodesia, es, no sólo la mayor, sino el espectáculo más sublime del mundo; decir que el río Zambese mide más de una milla de anchura en el sitio donde se arroja al precipicio, formando un atronador torrente, blanco como la nieve, cayendo de una altura de 400 pies y levantando columnas de espuma que se perciben á 50 millas de distancia, es no decir nada.

Por lo menos nada que pueda dar idea de la grandeza y hermosura de la cascada; porque ante ella, como ante las montañas elevadas ó la mar enfurecida, las palabras, la pintura ó cualquier otro arte resultan impotentes, demostrando que á la vista de las grandes obras de la naturaleza es nada el arte humano.



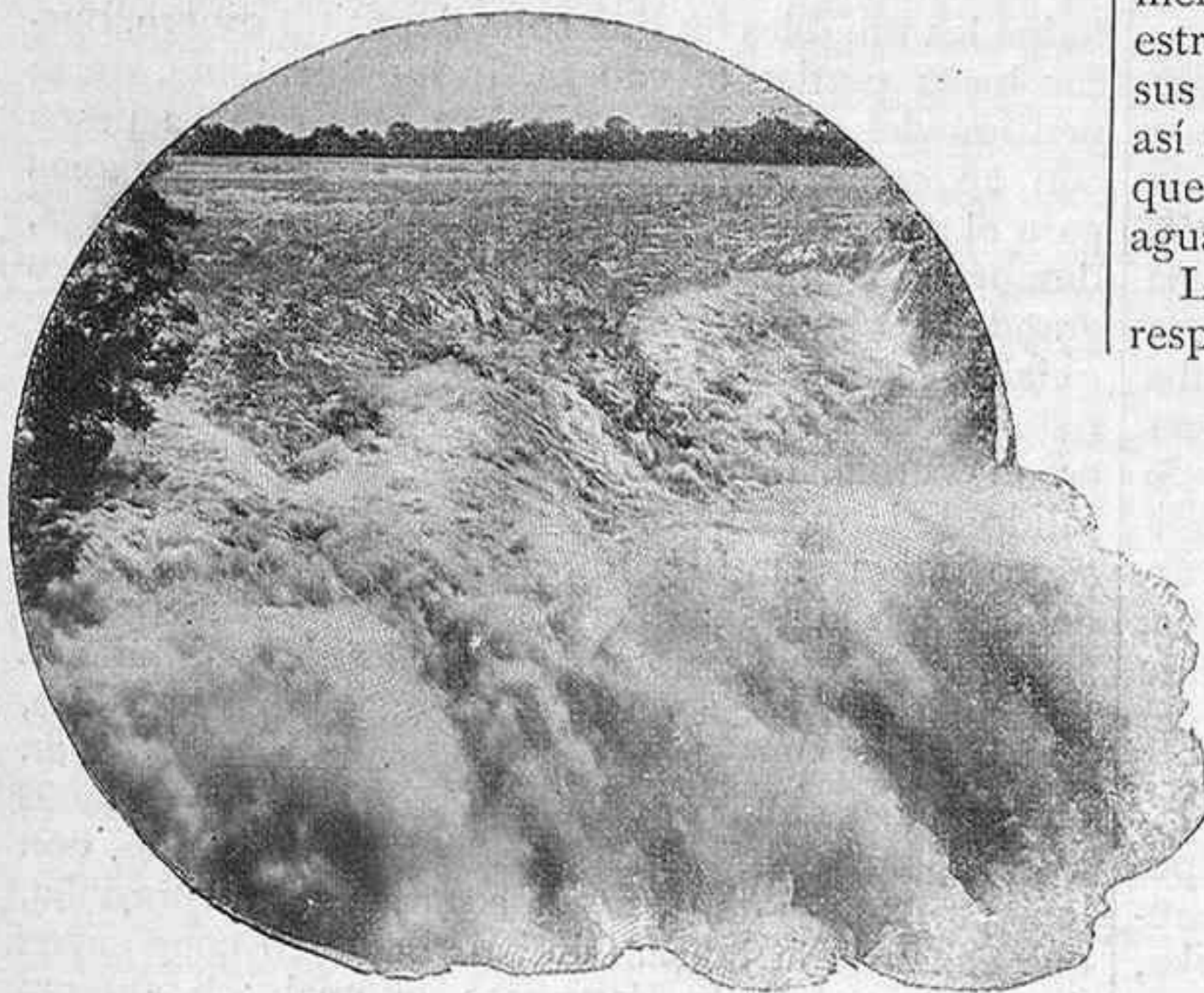
La catarata Victoria del Zambese, cuyas altura y anchura son dobles de las de la catarata del Niágara

Únicamente por medio de comparaciones puede darse alguna idea de la grandeza de la catarata del Zambese. El que haya visto el Niágara podrá formar algún concepto de su ignorado rival, imaginando algo dos veces y media más alto y de doble anchura. Y como esta es una edad práctica, será interesante comparar la fuerza que en ambos casos se pierde. Los caballos de fuerza que representa el Niágara son siete millones, y treinta los que se podrían obtener en el Zambese.

Es cosa sorprendente el hecho de que el mundo sólo haya tenido conocimiento de su existencia de mediados del siglo pasado acá. El doctor Livingstone, en el curso de una expedición al Africa del Sur en 1854, la encontró, siendo, según se cree, el primer europeo que en ella fijó los ojos, y él fué quien le puso nombre.

La primer noticia que tuvo de la cascada fué motivada por una extraña pregunta que los naturales del país dirigían con frecuencia al gran explorador.

«¿Hay en tu país humo que hace ruido?» solían preguntarle. El nombre que la daban era «Mosioa



El agua al caer en el precipicio se convierte en una masa de espuma que brilla al sol como la nieve

» que significa humo que suena, aludiendo á las grandes columnas de espuma que levanta y al ruido que las aguas producen al caer. Miraban con demasiado terror á aquel humo misterioso para que se atrevieran á acercársele y averiguar su origen.

Así es que, despertada la curiosidad de Livingstone, decidió explorar la cascada, dejándose llevar por la corriente río abajo en una canoa.

Se embarcó en Kalai y pronto vió el humo que se elevaba á unas cinco millas á su frente, «semejante, dice, al que se levanta cuando en Africa arden grandes extensiones de hierba.» Cinco inmensas columnas se lanzaban al aire y parecían tocar las nubes.

Conducido por los naturales, que conocían los rápidos, llegó por fin, lleno de asombro, á una isla, que ahora lleva su nombre, situada en medio del río, al borde mismo de la cascada.

En esta isla fué donde Livingstone grabó, con un cuchillo, sus iniciales en el tronco de un árbol, y dice él en su obra que esta fué la primera vez en su vida que cometió ese pecado de vanidad. Las iniciales

aún se conservan hoy día. Seguramente no hay otro sitio en toda el Africa más á propósito para que en él se le-

ta tener sólo cincuenta varas de anchura y con una profundidad desconocida, continúa rugiendo cerca



El ingeniero Mr. Fox atravesando la catarata Victoria por medio de un cable de alambre

de cincuenta millas á través de otra cortadura en zizás por entre muros de más de 400 pies de altura, y en toda esa extensión sólo conocen los naturales cuatro entradas, tan perpendiculares son las terribles

masas de negras rocas que encajonan al torrente.

El ferrocarril del Cairo al Cabo de Buena Esperanza ha de atravesar la península de rocas que se halla frente á la catarata, debiendo los trenes cruzar el río por un puente de cuya construcción está encargado el ingeniero Mr. Fox. El arco del puente tendrá una abertura de 500 pies y 400 de altura sobre el río, así es que será el más alto del mundo, y tendrá que ser construido desde las opuestas orillas hasta que en el centro se encuentre la obra de acero, pues no hay modo de poder levantar andamiajes.

Cuando se estaban preparando los cimientos de ese maravilloso puente, tuvo necesidad muchas veces Mr. Fox de visitar las dos orillas que ha de unir. La distancia en línea recta de una á otra orilla es de 250 varas; pero á no ser volando, para pasarlas tenía que hacer un rodeo por tierra y agua de diez millas.

Mr. Fox resolvió volar. Un cohete llevó al otro lado una cinta, á la que iba atado un cable de alambre, que quedó asegurado en la parte opuesta. Una pequeña silla formada por una tabla, suspendida por cuatro sogas, con un respaldo de lona y una travesa para poner los pies, á la que se ató sólidamente el ingeniero por si acaso le daba algún desvanecimiento, se deslizó de una á otra banda por medio de un cable continuo, y de ese modo, en el mes de noviembre del año pasado, se cruzó por primera vez la cortadura del Zambese.

Después la ha atravesado muchas veces, y dice que se experimenta una

sensación en extremo agradable. Tan escarpado es el precipicio, que á las cinco varas de la orilla la silla se columpia sobre una profundidad de 100 pies y á las 30 se ve claramente el torrente, precipitándose con furia, 420 pies más abajo.

La construcción del puente no es la única grande obra de ingeniería que los grandes proyectos de Cecil Rhodes entrañan con relación á la catarata Victoria. Porque muy pronto los 30 millones de caballos de fuerza que hoy se pierden se aprovecharán para

vantara un monumento al gran explorador que esa isla desierta que domina la catarata que él descubrió.

Desembarcando en la isla, Livingstone se aproximó hasta unos cuantos pasos del lugar donde el agua desaparece. Entonces se le presentó un extraño problema que resolver. ¿Adónde iba á parar el agua? Parecía, dice él, que se la tragase la tierra.

La solución de ese problema es uno de los hechos más raros de los muchos estupendos que la catarata Victoria presenta. Aquellas aguas, de media milla de anchura, se precipitan á una profunda y estrecha cortadura, que forma ángulo recto con el cauce del río, limitada por un lado por la muralla perpendicular sobre la que salta el agua, y por el otro, por otra de casi la misma altura; toda la masa de las corrientes aguas se ve, pues, repentinamente aprisionada en aquella larga y estrecha cortadura, tan estrecha, que sus lados distan menos de cien pies; así es que, vista desde arriba, parece que la tierra se traga las impetuosas aguas.

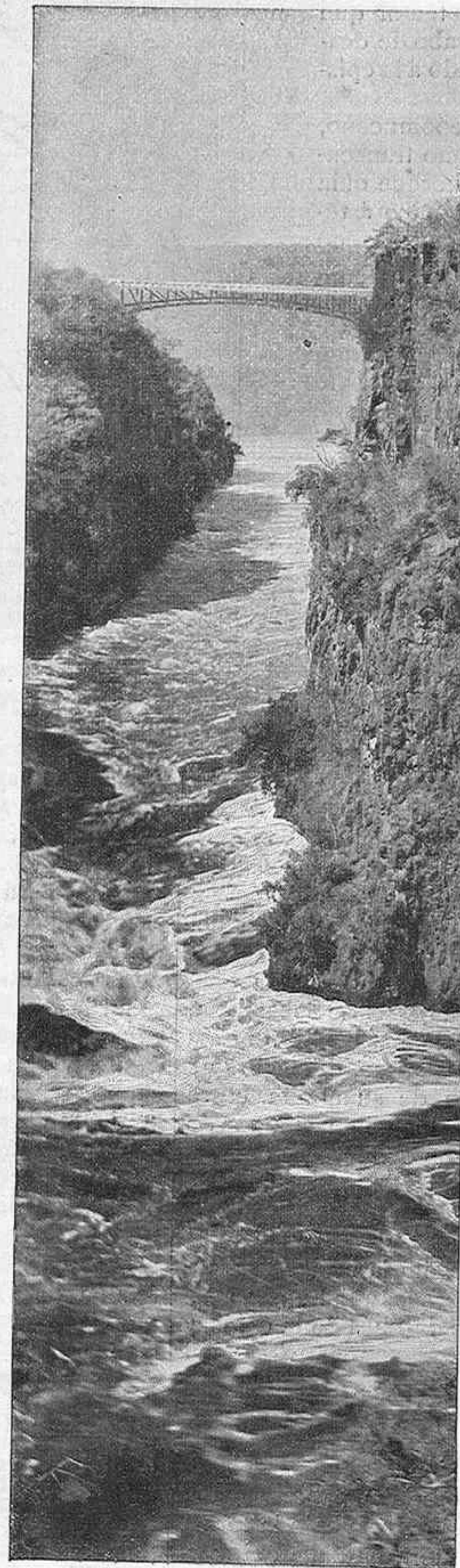
Livingstone, arrastrándose, lleno de respetuosa admiración, hasta el último extremo de la isla, pudo dirigir la vista hasta el fondo del abismo, donde hervían las aguas á través de densas y blancas nubes de espuma.

Y así fué como pudo, por último, darse cuenta de adónde iban á parar las aguas.

Sólo tiene el agua una salida, una pequeña abertura en la muralla oriental de la cortadura, cuyo ancho no es mayor de unas cien varas. A través de esa estrecha abertura sale, con increíble velocidad, el Zambese. Llámase ese lugar la olla hirviente, y ciertamente es uno de los espectáculos que más temor y admiración pueden causar.

Sólo Mr. F. W. Sykes ha explorado la cortadura por donde el Zambese, después de su caída, se abre paso con ruido atronador.

Después de salir por la estrecha abertura de la primera cortadura, el río, estrechado algunas veces has-



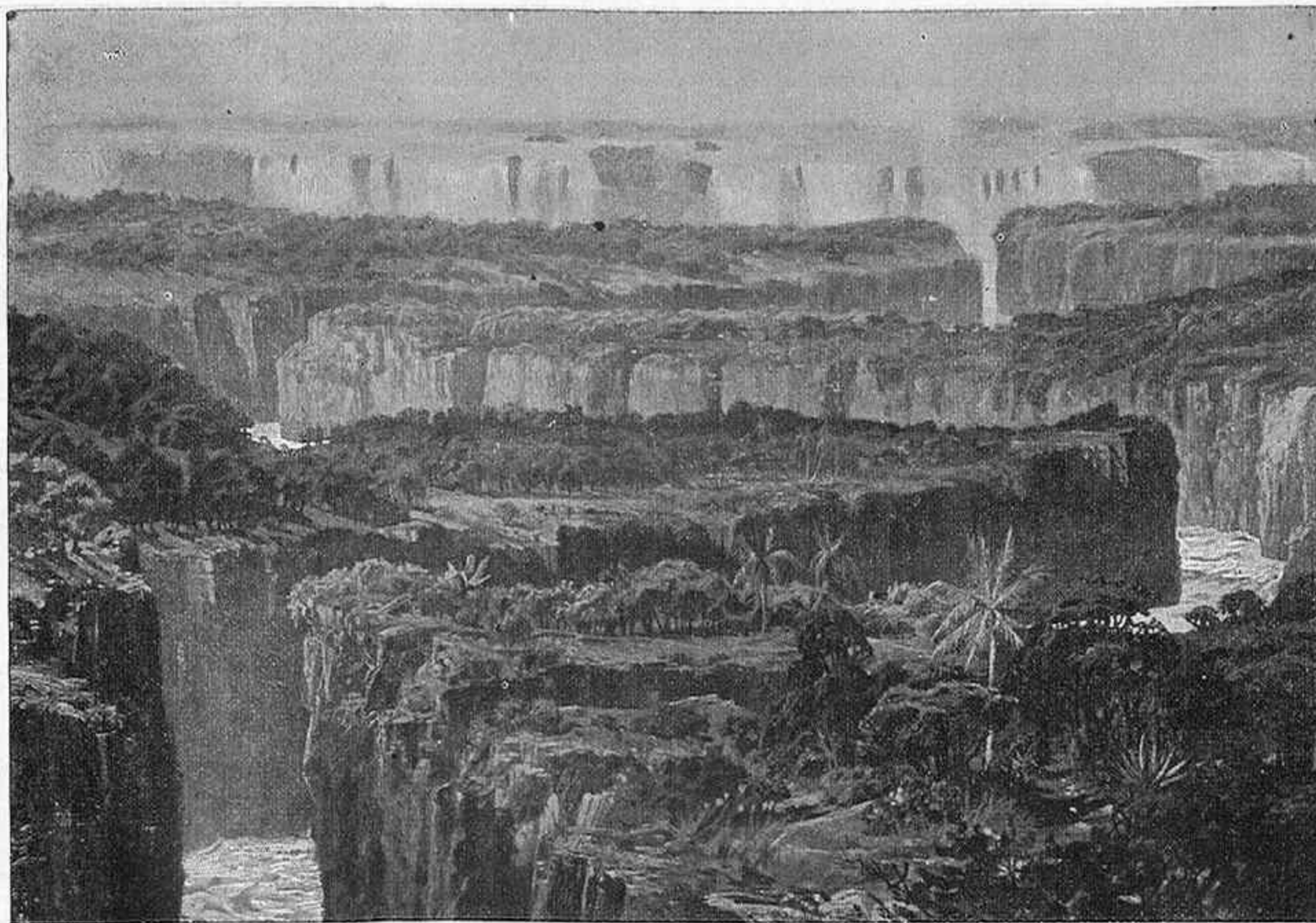
Vista del puente que se está construyendo sobre el Zambese, junto á la catarata Victoria y por el cual pasará el ferrocarril del Cairo al Cabo.

el fomento de todo el país circunvecino, país más abundantemente dotado de riquezas minerales que ningún otro de igual extensión.

El aprovechamiento de la fuerza de la catarata del Niágara ha tenido, como es sabido, resultados materiales de colosal importancia. Una población de medio millón de almas gana con ello su subsistencia y se cree que muy pronto llegará á un millón. Con toda seguridad puede decirse que lo mismo sucederá en la de Victoria cuando estén las obras terminadas.

Cuando por primera vez se llevó á la práctica la idea de aprovechar la fuerza del Niágara, se consideró como cosa maravillosa el transmitir la fuerza eléctrica hasta Búffalo, á 22 millas de distancia, para que allí diera luz á todas las lámparas de todas las casas y de todas las calles de aquella ciudad y para que pusiera en movimiento todas las máquinas que allí funcionan. Hoy los directores de la compañía del Niágara tratan de transmitirla á Nueva York, Boston, Filadelfia y Chicago, es decir, á una distancia de cerca de 500 millas de la catarata.

Casi no concibe la imaginación á qué largas distancias no podrá ser transmitida la de la catarata Victoria. Una transmisión de 300 millas, que es cosa hacedera, pasaría por las grandes minas de carbón de Wankie, por la ciudad de Bulawayo y los impor-



Vista panorámica de la cortadura de 45 millas de largo por donde corren las aguas del Zambese después de haber formado la catarata

tantes yacimientos de cobre de Barotreland (los mayores del mundo), por seis ó siete minas de oro y por ochocientas ó novecientas millas de ferrocarril.

Como es consiguiente, la superficie casi entera de este país está intacta. Las varias minas de oro, por ejemplo, descubiertas y explotadas en una extensión tan grande como la de la Europa central, no ocupan á una población mayor de la que tiene cualquier calle grande de Londres; y eso tan sólo de doce años acá.

lones de libras esterlinas, no hay temor de que falte el dinero. Se ha hecho constar en las bases establecidas que ha de conservarse intacta á toda costa la natural belleza de la cascada.

Cuando el puente esté terminado y en explotación el ferrocarril desde el Cabo á la catarata y se haga la instalación eléctrica, ¡qué porvenir tan soberbio le espera á la Rhodesia!

TURNER MORTON.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
*Exigir la Firma WLINSI.*

DÉPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**ENFERMEDADES de la PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero.  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

LES PLAQUES ET PAPIERS  
**JOUGLA**  
SIEMPRE SON INMEJORABLES

Frasco: 5 fr.  
**PUREZA DEL CUTIS** en Paris  
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso  
CANDES et Co. B<sup>st</sup>-Denis, 16

**AVISO Á LAS SENORAS**  
**EL APIOL** DE LOS  
**JORET Y HOMOLLE**  
CURA  
**LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**  
F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PILDORAS BLANCARD**  
con Yoduro de Hierro inalterable  
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
Exijase el producto verdadero y las señas de  
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS  
ANEMIA, CALENTURAS, etc.

**QUINA-LAROCHE**  
Premio de 16.600 francos  
Siete Medallas de ORO  
EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO  
Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.



Jardín del castillo de Penshurst (Inglaterra), notable acuarela de G. S. Elgood

**AZULEJOS-VALLDECABRES** \* Privilegiados



Son radicalmente diferentes á sus similares. Son producto de un invento notable que les ha valido á sus inventores privilegio en España y Extranjero. Son de una belleza sin igual y un 60 por 100 más baratos que sus similares. Todo constructor debe poseer el **Gran Catálogo Artístico**; en el primer pedido conseguirá un ahorro positivo. Tenemos 10.000 ejemplares que, en obsequio al público, los cederemos á 6 pesetas uno, en vez de 12, que es su verdadero valor.

Exportación á todos los países del mundo

Fabricantes:

**ONOFRE VALLDECABRES Y H. NO**  
VALENCIA

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
SOMERANO CONTRA  
**CATARRO - ASMA - OPRESIÓN**  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

**AGUA LÉCHELLE**

**HEMOSTÁTICA**

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Dentición  
**JARABE DELABARRE**

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUE-ALBESPEYRES, 78, Faubt St-Denis, Paris,  
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

**VINO AROUD**

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

ENFERMEDADES del  
**ESTÓMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rótulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rótulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Reumáticos y Gotosos!

Tratado curaros con la Legítima

**PISTOIA**

**PLANCHE**  
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)  
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.

**CURA la GOTA**  
el Reumatismo, el Artritis, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.

Exigir en el rótulo a firma de **PLANCHE** en Marsella (Francia). En todas las Farmacias bien surtidas.



**PATÉ ÉPILATOIRE DUSSER**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLYOKÉ. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN